



LA VIDA DESPUÉS

CHAI EDITORA

Donald Antrim

LA VIDA DESPUÉS

Antrim, Donald

La vida después / Donald Antrim.
1a ed - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires :
Chai Editora, 2022.

208 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de:
Matías Battistón.
ISBN 978-987-48012-5-8

1. Traducción.
2. Narrativa.
3. Memoria Autobiográfica. I.
CDD A863

Título original
The Afterlife

Copyright
© Donald Antrim, 2006

Copyright
© Chai Editora, 2022

Copyright de la traducción
© Matías Battistón, 2022

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD)
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com

Diseño de tapa: Soledad Bossio
y Sebastián Della. Ese Estudio.

Foto de tapa:
Alejandro Palomba

Diseño del interior:
Daniela Coduto

Primera edición:
Marzo de 2022

ISBN: 978-987-48012-5-8
Hecho el depósito que marca la ley 11.273



Parte I

Mi madre, Louanne Antrim, murió en una mañana soleada, un sábado del mes de agosto, en el año 2000. Estaba acostada bajo sábanas nuevas, color violeta, en una cama para hospital, arrimada a los tanques de oxígeno verdes contra la pared en lo que más o menos era el living de su casa, una casa oscura, claustrofóbica y decorada de un modo extraño, ubicada cerca del final de un camino serpenteante, como un surco, que pasaba frente a una obra en construcción llena de barro y varios patios alambrados, hasta desembocar en una playa de estacionamiento anexa al lúgubre estanque para patos en el centro de la pequeña ciudad donde ella había vivido durante los últimos cinco años de su vida, Black Mountain, en Carolina del Norte. Mi madre se había mudado de Florida a Carolina del Norte después de que su padre, Don Self, muriera de un ataque cardíaco, en 1995. La viuda de Don Self, la madre de mi madre, Roxanne, ya había empezado a caer en la senilidad, y de todas formas no estaba preparada para administrar la pequeña herencia que mi abuelo había dejado a su nombre. Con esto quiero decir que mi abuela, que llegó a la adultez durante la Gran Depresión, y que emergió de aquella época sin tener casi noción alguna del dinero, salvo que en principio no es

bueno darles demasiado a nuestros hijos, difícilmente fuera a continuar la tradición de mi abuelo de hacer grandes transferencias mensuales a la cuenta bancaria de mi madre. Don Self había mantenido a flote a su hija durante mucho tiempo —desde que ella había dejado el alcohol, trece años antes, y había decidido que era una artista y una visionaria, una adelantada a su época— y ahora, de repente, le urgía a mi madre obtener un poder para ser ella y no su madre la que controlara los fondos, un golpe maestro que podría haber logrado desde Miami, pero que era más fácil de coordinar recurriendo a eso que en la comunidad del espionaje se conoce como *closework* o “trabajar de cerca”.

Cuatro años después, Roxanne Self murió. El funeral se celebró en la iglesia presbiteriana de Black Mountain en septiembre de 1999. A la semana, mi madre —apenas unos días después de que ella se hubiera “*liberado* de aquella mujer”, según la oí proclamar más de una vez (“ahora voy a ir adonde yo quiera y voy a vivir *mi* vida”)— llegó al hospital con una infección pulmonar y descubrió que ella misma también moriría en breve.

Tenía sesenta y cinco, y venía tosiendo y tosiendo desde hacía años y años. Ni se le podía hablar del cigarrillo. La noticia de que tenía cáncer no fue ninguna sorpresa. Había aparecido en los bronquios y era inoperable. Le ofrecieron radiación como paliativo —existía la posibilidad (como en efecto sucedió por un tiempo muy corto) de que encogiera el tumor lo suficiente como para que entrara más aire al pulmón congestionado—, pero no creían que mi madre fuera candidata para la quimioterapia. Cuarenta años de lo que suele llamarse una vida

de excesos habían ido deteriorado su condición progresiva e inexorablemente. La historia del largo deterioro de mi madre es, en algunos aspectos, la historia de su vida. La historia de mi vida está ligada a esta historia, la historia de su deterioro. Es la historia que ocupa siempre un lugar central en mi manera de percibirme a mí y a los demás en el mundo. Es la historia, o por lo menos es el papel que juego en esa historia, que me permite no perder nunca a mi madre.

Con esto en mente —la historia de mi madre y yo, de mi madre *en mí*—, trataré de contar otra historia, la historia de mi intento, en las semanas y meses posteriores a su muerte, de comprar una cama.

Debería decir más bien de conservar una cama. Compré varias. La primera fue una Stearns & Foster, grande, mullida, queen-size, del Bloomingdale's de 49th Street y Lexington Avenue, en Nueva York. Mi novia de entonces, R., me acompañó al local, y nos recostamos juntos para ir comparando. ¿Una Shifman? ¿Una Sealy? ¿Una Stearns & Foster? ¿Blanda? ¿Firme? ¿Con una manta de espuma adicional? Me quedé mirando cómo R. se arrastraba por encima de un colchón, rebotando de arriba abajo con el culo bien parado, y de repente pensé, como un iluso, en relación con mi madre, que había muerto la semana pasada: “¡Por fin me *liberé* de esa mujer! Ahora voy a comprar una cama enorme y coger un poco y vivir *mi vida*”.

Dos mil dólares.

Con tres mil dólares me habría podido comprar una Stearns & Foster más grande y más mullida (y, por añadidura, un confort más grande, más mullido, que me haría dormir más

contento, vivir un amor más perfecto y, en general, llevar una vida más feliz y productiva), o una Shiftman casi de primera línea. Las Shiftman eran atractivas, gracias a las publicidades de la empresa, que describían detalles de fabricación tradicionales (¿anacrónicos?) como el somier con resortes atados a mano individualmente en ocho puntos distintos; y al hecho de que preferían usar fibras naturales (lanas y algodones comprimidos) en vez de espumas sintéticas.

—¿Qué te parece, amor? ¿Te gusta la que tiene la manta de espuma?

—¿La grande aquella?

—Sí.

—Esa es buenísima.

—¿Cuánto durará una de estas cosas? ¿El tipo dijo algo?

—Donald, lo mejor es que compres la cama que sientas más cómoda. Ya vas a poder comprarte otras más adelante.

—¿Más adelante? ¿Qué quiere decir más adelante? ¿Más adelante en la vida?

—Si la cama que compraste no te gusta se puede devolver. Veamos. Te dan treinta días. La gente devuelve camas todo el tiempo. Para eso están los centros comerciales.

—Claro.

—¿Donald, deberías estar entusiasmado! Te estás comprando una cama buenísima. ¡Y está más que merecida! Deberíamos celebrar.

—Sí.

—¿Estás bien?

—¿Eh?

—¿Te gustaría probarlas otra vez?

Y eso es lo que hicimos (y, con cada vez mayor frecuencia, lo que empecé a hacer yo solo). Me compré la cama número uno usando mi tarjeta de débito a comienzos de septiembre de 2000, me fui a casa, llamé al local y cancelé el envío, después volví y, a fines de septiembre, me compré otra más cara (la que traía la manta de espuma) y cancelé esa compra también, después de lo cual me embarqué en lo que, en retrospectiva, fue una especie de cruzada o incluso, podría decirse, una peregrinación a varios locales, donde me recosté y di vueltas y entablé conversaciones sobre las camas, conversaciones repetitivas y obsesivas, con profesionales y, cuando era posible, amigos pacientes que me acompañaban (mi público lego). Luego pasaron tres meses, durante los cuales terminé aprendiendo más de lo que nunca pensé que aprendería sobre colchones y la industria colchonera en general —no solo cómo y dónde se fabrican las camas, sino cómo se las publica y se las vende, y a quién—, y también, simultáneamente, sobre otras cosas más allá de las camas mismas. Me refiero a las colchas, las almohadas y las sábanas.

A esta altura puede que resulte útil señalar que, durante este período caracterizado y probablemente definido por un consumismo compulsivo, yo tenía la clara sensación de ser un matricida. De un modo a la vez sustancial y difícil de precisar, sentía que yo había sido partícipe de la muerte de mi madre. Así que la búsqueda de la cama se transformó en la búsqueda de refugio; en otras palabras, la búsqueda de la cama se transformó en la búsqueda de un lugar; y, desde luego, cuando digo *lugar* quiero decir *espacio*, el tipo de espacio aproximativo, indeterminado, al que uno alude cuando le dice a otra persona:

“Necesito algo de espacio”; y el hecho de que en este contexto el espacio en general estuviera formado por sentimientos no evitó que me imaginara que el *espacio* —considerado, contra toda lógica, como un sitio viable, es decir, mi cuarto— podía colmarse, prácticamente a la perfección, con una cama queen-size de lujo con viriles sábanas rayadas color gris y blanco, y quizá un faldón con volados que tapara el somier y le diera el toque justo de femineidad al conjunto. Y me imaginaba —con bastante lógica, teniendo en cuenta el dolor que me provocaba que mi madre hubiera muerto y que yo hubiera sido partícipe no solo de su muerte aquella mañana de agosto, sino también, como niño y como hombre, de la historia de su larga autodestrucción a través del alcoholismo y del principal síntoma y legado del alcoholismo, la rabia— o fantaseaba que, una vez que me encontrara en aquel lugar acogedor y seguro que ocuparía la cama, acostado solo o con R. sobre montones de almohadas apiladas, como aparecen apiladas las almohadas en las fotos de las revistas de decoración, podría descubrir quién sería yo y cómo seguiría adelante sin mi madre, una mujer que había muerto en una casa tétrica, en una cama incómoda.

No había nada que hacerle. Mi madre se había vuelto drásticamente paranoica en los últimos años de su vida. Inventaba, ya fuera con gusto o a pesar suyo, escenas en las que conversaba con figuras mitológicas o religiosas, como la Virgen María. Modista y vestuarista de profesión, confeccionaba prendas extrañas y muy logradas que parecían destinadas a usarse en ceremonias espirituales cuyo propósito no quedaba claro. Hasta el último detalle de esta ropa —los accesorios

con forma de alas que adornaban los paneles de la espalda, las pequeñas chucherías y objetos totémicos que colgaban de las mangas o las solapas, las paletas de colores discordantes exhibidas en paños cosidos unos encima de otros como partes de un extraño collage— hacía eco de un simbolismo profundamente privado. Cuando se los usaba en público, esos vestidos y batas siempre inquietaban a la gente acostumbrada a funcionar en la sociedad. Si para asistir a un concierto o a la inauguración de una muestra en un museo de Asheville mi madre se ponía una chaqueta violeta oscuro, ajustada con unos botones de tamaño payascesco y adornada, adelante y a los costados, con tiras cruzadas de seda tailandesa de colores tropicales en tonos pastel, una chaqueta que en la espalda exhibía un enorme medallón blanco coronado con tela dorada —fruncida de tal modo que pareciera una flor de repostería—, y rematada con más tiras de seda de colores, atadas y decoradas con borlas para cortinas de distinta longitud por debajo del ruedo, ella no solo estaba actuando como una inconformista que hacía las cosas a su manera: también estaba repudiando el patriarcado y proclamando que era toda una artista.

Su capacidad para ahuyentar a la gente era impresionante. En las fugaces amistades que estrechaba con otros marginales como ella, mi madre se mostraba rencorosa y peleadora. Tenía una risa áspera, a veces hasta intimidante. Masticaba con la boca abierta, y muchas veces la comida le chorreaba de la boca. Daba la impresión de haberse cortado el pelo ella misma, a oscuras. Uno estaba de su lado, o estaba en su contra. Creía que su padre no era su padre verdadero; que su madre había tratado de ahogarla en un estanque cuando era chica;

que su neumonólogo quería acostarse con ella; que en el más allá la recibirían Carl Jung, la Virgen María y Merlín el mago; que había cumplido con su trabajo en la Tierra, y que era un trabajo bien hecho; que era una de las elegidas para anunciar la llegada de un nuevo orden de hermosa humanidad; que en una vida anterior había muerto en el agua como galeote romano, encadenado a los remos; que los hombres eran una mierda y que sus propios hijos eran hostiles; que si ella fumaba era su problema, así que por qué no la dejaban tranquila y se iban a cagar; que su hijo era un artista igual que ella; que ella y yo deberíamos ir a terapia juntos.

Mi madre, para cualquiera que fuera cercano a ella, y sobre todo para quienes dependían de que ella estuviera en pleno uso de sus facultades, era una persona amenazante. De hecho, había vivido gran parte de su vida adulta en un blanco, “durmiendo” sin soñar durante no más de tres horas la mayoría de las noches. La pérdida de sueño REM debe haber tenido consecuencias devastadoras en su mente y cuerpo. Se ponía a despotricar a los gritos hasta la madrugada. Algunas veces, me acuerdo, la encontré acostada en el piso del living, muy temprano, antes de que amaneciera.

Quizá era cierto que su madre había tratado de ahogarla en un estanque. Puede que la realidad haya sido así de terrible, o peor aún. Puede que mi madre haya sido víctima, interpósita persona, del síndrome de Munchausen: quienes padecen este trastorno tienen la compulsión de someter a los niños bajo su cuidado a intervenciones médicas, incluso a cirugías, cuando no son necesarias. Sus médicos en Carolina del Norte, y algunos miembros de nuestra familia, sospechaban que la

madre de mi madre tenía la curiosa costumbre de llevar a su única hija al médico continuamente. No es algo sobre lo que tenga mucho para decir: yo no estuve ahí para verlo. Y sin embargo, puedo imaginarme a mi abuela Roxanne, más o menos a fines de la década de 1940, llevando a mi madre de la mano por los pasillos blancos de algún hospital rural, o sentada con ella en la sala de espera de un consultorio médico en Florida. Recuerdo que, cuando yo era chico, mi madre contaba anécdotas de ciertas operaciones. Cuál era el supuesto objetivo de esas operaciones es un misterio. Una, me parece, tenía algo que ver con la extracción de una costilla. Y estaba la famosa historia de la vez que mi madre “se despertó” justo cuando los médicos declaraban que había muerto en la mesa quirúrgica. Cuando yo nací, Roxanne ya se había convertido en una fundamentalista de la nutrición, decidida a controlar las dietas y estados de ánimo de su familia; ofrecía vitaminas y consejos a los pacientes de cáncer que oían hablar de ella en los círculos oncológicos de Florida; recomendaba alimentos cuya eficacia en algunos casos (brócoli, kale) luego fue confirmada por la industria nacional de la salud. Creo que se veía a sí misma como una heroína popular. Es posible ver el comportamiento autodestructivo de mi madre como un acto de odio internalizado, dirigido masoquísticamente contra su propia madre, que usaba la salud para subyugar a quienes la rodeaban; y contra su padre, que, cuando ella era chica, había sido incapaz, en todo tipo de situaciones imaginables, de reconocer lo que vivía su hija, o de salir en su defensa.

De joven, mi madre había sido popular y hermosa. Pasó su niñez en Tennessee y su adolescencia en Sarasota, Florida,

donde conoció a mi padre. A juzgar por sus álbumes de fotos escolares, en la secundaria formaban la típica pareja perfecta que era la envidia de todos. Un amigo de ambos, que se había enamorado de ella en la universidad y que nunca había dejado de amarla, me la describió una vez en términos que me revelaron la fuerza de su sexualidad y de su personalidad en aquella época. Como era hija única, no tengo tías o tíos de su lado de la familia que puedan decirme fehacientemente cómo era de niña. Me cuesta encontrar viejos compañeros de mis padres que puedan decirme algo sobre años posteriores —después de que ella dejó su hogar, se casó con mi padre, tuvo a sus hijos y se instaló como esposa y madre en un alojamiento para estudiantes de posgrado—, y me cuesta también encontrar recuerdos propios, recuerdos que me permitan armar con coherencia una... ¿qué? ¿Una imagen? ¿Una impresión? ¿Una historia? Tenía cuatro, cinco, seis años. Mi hermana, Terry, tenía tres, cuatro, cinco. Fue a comienzos de los sesenta, los últimos años —pienso ahora, casi cuarenta años después de que mi padre se enamorara de otra mujer y nuestra familia empezara a desmoronarse— de intelectualismo sureño al estilo de los Southern Agrarians¹, cuando los hijos episcopales de los presbiterianos, recién casados, leían el *Finnegans Wake*, se escapaban para hacer sus doctorados,

1 Los Southern Agrarians (literalmente, los agrarios sureños) fueron doce escritores, historiadores, profesores, críticos y poetas del sur de Estados Unidos que, en 1930, publicaron un manifiesto titulado *I'll Take My Stand: The South and the Agrarian Tradition*, formado por varios ensayos donde declaraban su oposición al modernismo, el industrialismo y el urbanismo en boga en los círculos intelectuales, y defendían tradiciones y valores sureños de corte conservador, agrario y religioso. (N. del T.)

bebían bourbon, Martinis y cerveza barata, y se quedaban toda la noche discutiendo y teniendo amoríos y descubriendo los amoríos de sus parejas, y después metiendo a sus propios hijos en los asientos traseros de sus escarabajos Volkswagen y manejando de noche hacia el norte o hacia el sur por la costa. Hasta el día de hoy sigo siendo incapaz de documentar a ciencia cierta el itinerario de las migraciones y mudanzas, las traiciones y reconciliaciones, las reuniones, las separaciones, las mudanzas que vinieron después de esas otras mudanzas, y las hospitalizaciones de mis padres. Basta con decir que tengo incontables anécdotas descabelladas, anécdotas que ya he usado para romper el hielo en muchísimas citas.

¿Y la cama? En diciembre, acepté que me trajeran la que tenía la manta de espuma adicional. Los repartidores de Bloomingdale la subieron por las escaleras, y yo le puse las sábanas y almohadas que había conseguido para la ocasión. Comparada con el sofá cama en el que había estado durmiendo, me pareció gigantesca. *Era gigantesca*: ancha además de alta, y excesiva para el espacio del dormitorio. Sus implicaciones fálicas se hicieron evidentes cuando invité a R. para que “viniera así y se la mostraba”. Ahí debería haber terminado todo, en unos promisorios polvos con R. y una gradual aceptación del nuevo orden doméstico. Pero para eso hubiera hecho falta que yo fuera una persona distinta y mucho más separada en el tiempo de la muerte de mi madre. Habría hecho falta también que yo nunca hubiera oído hablar de Dux.

Dux es una de esas empresas que fabrican productos esotéricos, caros, científicamente diseñados para transformar tu vida. Cuando compramos una cama Dux, pasamos a ser

miembros de la comunidad de gente que compra y cree en las camas Dux. Una cama Dux al principio parece peculiarmente blanda; si nos quedamos un tiempo acostados, podemos sentir que nos estamos “relajando” hasta un extremo incluso alarmante. La primera impresión es la de estar sobre un colchón de agua bien calibrado: con las Dux, uno realmente se *mete* en la cama. La empresa dice ofrecer toda una variedad de beneficios para la salud, algunos relacionados con la postura, otros con el sueño profundo, y todos con el látex natural y los incontables muelles que en la literatura duxeana se describen como un “sistema” que permite que la cama se amolde suavemente al cuerpo, reduciendo los puntos de presión y por lo tanto la cantidad de veces que una persona dormida cambiará de posición para acomodarse de noche. “¿Tienes una Dux?”, les he oído decir a los entendidos. Las Dux vienen con veinte años de garantía; creo recordar que uno de los eslóganes publicitarios era: “La última cama que comprarán en sus vidas”. Las camas se fabrican en Suecia, se publicitan en las estaciones de radio de música clásica, se venden en locales propios que parecen un spa y nunca, nunca hacen liquidaciones.

No sé cuántas veces, a comienzos del invierno del año en que murió mi madre, entré —en general solo, aunque siempre que fuera posible lo hacía con R. o con alguno de los amigos que ya mencioné antes— en el local Duxiano de 58th Street en el East Side (convenientemente ubicado al lado de Bloomingdale’s), me saqué los zapatos y salté de cama en cama y leí y releí los folletos y acosé a Pamela, la encargada, con todo tipo de preguntas sobre la diferencia entre tal y tal modelo. Reubicaba las almohadas de pluma de ganso. Me acomodaba. Me ponía de

costado. Me daba vuelta. Maravilloso. Se podían elegir patas de caoba o de metal para que la cama estuviera bien alta, o se la podía dejar baja, por el suelo, como en los hoteles europeos más elegantes. Se podían poner las sábanas tirantes, o dejarlas caer a los costados. ¿Cubrecolchón de algodón? ¿O de látex? Empecé a percibir, aquellas tardes que pasaba recostado en el local Dux, que todas las decisiones que podía tomar de ahí en adelante quizá fluirían naturalmente si compraba la cama indicada. Aunque ya tenía mi cama nueva (aceptaban devoluciones) en mi dormitorio, no me gustaba demasiado. No la *deseaba* lo suficiente como para que me gustara. Era grande, cierto, pero en todos los demás aspectos me parecía mediocre y decepcionante, porque no estaba salvando mi relación con R. No estaba haciendo que en mi departamento me sintiera como en casa. No estaba escribiendo mi libro. Y lo peor de todo —y este era el defecto que más dolía— es que no me permitía seguir buscando indefinidamente camas.

¿Hasta qué punto quería una Dux? Hasta el punto exacto en que podía considerarse acorde en relación con el producto.

Quería una cama Dux lo suficiente como para comprarla.

Así fue como un novelista poco comercial y con un gran talento para la culpa llegó a pagar casi siete mil dólares por un colchón.

—Casi.

El año previo a la muerte de mi madre, un año caracterizado por el tipo de cambios bruscos de humor que acompañan la típica progresión hacia el fracaso de las intervenciones terapéuticas en los casos avanzados de cáncer —la oscilación casi maníaca, recurrente como una marea, después de cada

conversación estresada con mi madre o sus médicos, entre esperanza y depresión, esperanza y depresión, esperanza y renovada esperanza y más esperanza, seguidas de una preocupación eufórica y una desesperación más profunda y esa furia extraña, impulsiva, que puede estar dirigida contra prácticamente cualquiera en cualquier momento, el continuo de miedo y volatilidad que le será familiar de un modo u otro a cualquiera que haya tenido que ver cómo un padre o un hijo, o un marido o una esposa o un amante o amigo están un poco mejor, después un poco peor, después un poco mejor, muriendo de acuerdo a lo ya programado, por así decirlo—, durante ese año, entonces, más o menos dejé de trabajar, y dejé de hacer ejercicio. Leía menos, salía menos con amigos, hacía menos el amor. Soy ciclista, y desde hace años tengo la costumbre de entrenar dando vueltas alrededor del parque que está cerca de donde vivo. Mi cuerpo se ha acostumbrado a este régimen, que me da acceso a una gran cantidad de información física, información que se presenta como sensaciones que me vienen cuando respiro hondo mientras camino por la calle o, si estoy en bicicleta, cuando piso los pedales para subir una cuesta; o en la conciencia de haber subido o bajado de peso; o en la emoción que puedo sentir cuando toco a otra persona, o cuando me tocan a mí; información que se presenta, supongo, como mi *yo*, viviendo propioceptivamente en el espacio. Poco a poco, esa información desapareció. En la hastiada ausencia de mi *yo*, hice lo que mi madre había hecho a lo largo de su vida. Pasé las noches despierto en la cocina, fumando.

A la gente le gusta decir que la verdad es liberadora. ¿Pero qué pasa cuando la verdad no es algo simple y brutal? No podía

imaginarme la vida sin mi madre. Y era verdad también que yo nunca me sentiría capaz de vivir a menos que ella dejara de hacerlo. Ya había tenido suficiente de Louanne Antrim, y estaba listo para verla desaparecer. Quería que muriera, y sabía que, en el año de su muerte, no iba a cuidarla como correspondía.

No iba a hacerlo, y no lo hice. En esto, por lo menos, puedo decir que fui fiel a ella, que nos fui fiel a *nosotros*. Después de todo, yo era su hombre. Mi tarea, una tarea imposible, la tarea que me definió, fue ser al mismo tiempo parecido y distinto a todos los demás hombres; más específicamente, ser parecido y distinto a su padre, y a su exmarido errabundo, excomulgado: mi padre. ¿Qué significa esto? No sé si puedo decirlo con precisión. Supongo que nunca tenía que abandonarla por otra mujer. Nunca tenía que mentirle o engañarla. Cuando empecé a escribir y a publicar novelas, mi madre daba por sentado, y por lo tanto, sin saberlo, yo también, que estaba exhibiendo, a través de cualesquiera que fueran mis logros artísticos, la facultad creativa *suya*, los dones de ella.

—Pronto voy a ir a visitarte unos días, mamá.

—No estás obligado a venir.

—Quiero ir.

—No estoy esperando que vengas.

—Voy a ir.

—No vengas si no te dan ganas.

—Mamá.

—No dejes pasar mucho tiempo. Me voy a morir pronto.

—¿De dónde sacaste eso?

—El doctor McCarrick está tratando de matarme.

—¿Perdón?

—No me atiende cuando lo llamo.

—Bueno, es médico.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Nada. Es un chiste. Digamos. Está ocupado. Los médicos siempre están ocupados. No importa.

—Todos están en mi contra. Te pusiste en mi contra.

—Mamá, no te está tratando de matar. Nadie te está tratando de matar. Nadie te quiere matar.

Postergué la visita. La postergué. Un perro en el departamento de al lado empezó a ladrar, y durante un tiempo me volví loco. Después el perro dejó de ladrar y ya había pasado un año y mi hermana y yo estábamos yendo en avión, cada uno desde una punta distinta del país, para quedarnos de pie al lado de la cama de mi madre en la casita cerca de la loma que descendía hasta el estacionamiento junto al lago del pueblo. Teníamos la costumbre, mi hermana y yo, de ir en avión a Charlotte, encontrarnos en el mostrador del local del aeropuerto donde alquilan coches, alquilar uno, hacer una parada en Bridges, Carolina del Norte, para comer barba-coa, y después enfilarse hacia el oeste por las montañas, pasando Chimney Rock, bordeando Old Fort, hasta llegar a Black Mountain. Era un viaje de tres horas. Podríamos haber volado a Asheville, a media hora de la casa de nuestra madre, pero Terry y yo preferíamos este camino indirecto, creo, para tener tiempo de prepararnos antes del suplicio de ser —por última vez, en este caso— los hijos de Louanne en la casa de Louanne. Ese día, logramos estar apurados y manejar despacio al mismo tiempo. Terry hablaba de sus hijos y de un vecino que, como nuestra madre, se había negado a recibir alimento en

las últimas etapas de una enfermedad terminal. Era entrada la tarde, a fines del verano. Las granjas y las iglesias viejas a los costados de esa autopista de dos carriles nunca me habían parecido tan solitarias o tan encantadoras, tan invitadoras, como aquella tarde. Ese era el país de nuestro abuelo, y el de su padre, y el del padre de su padre, y el de nuestra madre y, durante ese breve lapso —mientras mirábamos por las ventanillas del auto los hitos en el camino: el turístico lago Lure y el arroyo rocoso que desciende por varias cascadas bajitas a los costados de la carretera; las casas tristes rodeadas de campos irregulares plantados con maíz y porotos; el kudzu que cada vez devora más partes del sur, tanto del bosques como del campo, año tras año—, fue el nuestro también. Recuerdo haber pensado que, cuando ella muriera, ya no quedaría nadie que me atara a esa parte del mundo, y me pregunté qué podría llevarme, en el futuro, a regresar alguna vez.

En la casa encontramos a nuestra madre en la cama de hospital instalada en el living. Al lado de la cama había una mesa enorme de madera en la que ella tenía telas que había medido y cortado con tijera. Se veían rollos de seda apoyados en un rincón. Los anaqueles tenían ediciones de bolsillo de libros sobre Carl Jung y sobre sanación. La enfermera de la mañana nos dejó solos a Terry y a mí. Nuestra madre estaba muriendo. Ya nos había informado, ese mismo verano, que dentro de poco, probablemente antes de su cumpleaños en septiembre, iba a “encargarse ella misma del asunto”, pero no nos había dicho exactamente cuándo: había que tomar en cuenta ciertas consideraciones celestiales y astrológicas, y estaba esperando el momento justo. Y ese momento había

llegado. Al observar su cara demacrada bajo la luz crepuscular, descubrí algo que Terry sabía pero yo no: que nuestra madre usaba dentadura postiza. No la tenía puesta. La boca le había colapsado. Hacía ruidos y sonidos que no podían interpretarse como oraciones, ni siquiera palabras. La morfina, que habían traído los del hospicio, esperaba, sellada, en un frasco en la cocina. Nadie, ni siquiera la enfermera, parecía saber con precisión cuándo empezar a dársela. Así que, al igual que el frasco de morfina en la cocina, esperamos, y al día siguiente mi madre “se despertó” —como a veces hacen los moribundos, fugazmente— y habló de un modo más o menos directo, aunque inconexo, de su pasado. Mencionó los nombres de gente de Charlottesville y Kingsport y Miami, de Knoxville y Gainesville, Johnson City y Sarasota y Tallahassee. Le tocamos los pies: no se habían enfriado. Mi hermana le dio un baño de esponja y le cambió la ropa, y le acomodamos las almohadas debajo de la cabeza, y la enfermera le puso la dentadura, y mi madre nos preguntó, con la voz quebrada, si no podíamos, por favor, servirle un Martini.

Ubicándome en el papel de guardián, en un lugar de poder, le pregunté si creía que un Martini era una buena idea, y me respondió, con mucha lógica:

—¿Qué mal me puede hacer ahora?

De haber habido gin y vermut en la casa, sin duda le habría preparado un cóctel. O quizá no. ¿Le ofrecí un sorbo de cerveza? No me acuerdo. ¿Todavía estaba con la máscara de oxígeno? No me acuerdo de eso tampoco. Había tanques verdes y mangueras de plástico por todas partes. La enfermera de medio tiempo, una fundamentalista ortodoxa cristiana, dulce

y competente, aunque no demasiado informada en cuestiones médicas, y las amigas de mi madre, dos paganas wiccanas, si no me equivoco, se disputaban el alma de la moribunda. Era una manifestación a pequeña escala de algunos conflictos sociales en el nuevo sur de los viejos Apalaches —los ultracristianos contra los chamanes—, propiciada por esa excusa simbólica que era el cuerpo desahuciado de Louanne Antrim. Así siguieron, de aquí para allá, susurrando, en conferencias privadas, pequeñas negociaciones de paz en el patio:

—Dicen cosas de ocultismo. Van a entregarla al Diablo. Tengo a tres iglesias rezando para que su mamá sea recibida en los brazos de Jesús.

—Esa pentecostal está tratando de convertir a Louanne al cristianismo. Tu madre dejó la religión organizada hace mucho tiempo. No es lo que quiere ella.

—Cada vez que rezo por tu mamá, vienen y me frenan. La verdad es que tu mamá me tiene preocupadísima.

Al final, me tocó a mí administrar la morfina. O más bien debería decir que yo, siendo el único hombre presente, decidí que tenía que dársela. Cada cuatro horas, pulverizaba un comprimido de lorazepam, lo ponía en una cuchara, mezclaba el polvo con una pequeña medida de la morfina líquida, pasaba la solución a una jeringa dosificadora, y con la jeringa metía la droga de a chorritos en la boca parcialmente abierta de mi madre. Tomaba la precaución de apuntar al costado, no a la garganta. Con mi hermana le pasábamos esponjas por los labios secos. A la tercera noche empezamos a oír el estertor. Puse las sonatas de piano de Mozart, pero después de un rato, ya más en sintonía, pasé a Miles Davis. En un momento

dato, antes del amanecer, la cara de mi madre se relajó y su piel recobró su color normal, y, aunque la garganta y el pecho todavía le hacían un ruido terrible, estaba sonriendo. Era una sonrisa grande, para nada ambigua. Terry me dijo: “¿Ves? Está rejuveneciendo”. Era verdad. En las horas previas a su muerte, Louanne empezó a parecerse a la joven que habíamos visto en fotografías de antes que nosotros nacióáramos: radiante, y con todo el futuro y todas sus esperanzas, fueran cuales fueran, alocadas o sensatas, todavía por delante. Es asombroso, pero el efecto se dio aunque no tuviera dientes. Me senté en la silla al lado de la cama y le leí de un volumen de los cuentos completos de Peter Taylor, algo que no pareció apreciar en lo más mínimo —su sonrisa se esfumó, y claramente frunció la cara al oír el comienzo de “Una esposa de Nashville”— y, si bien me gusta Peter Taylor, en ese instante experimenté un sentimiento de camaradería con mi madre. Dejé de leer y le dije que había sido una buena madre, una buena artista; que Terry y yo la queríamos mucho y que agradecíamos cómo nos había cuidado; que aquellos años en Tallahassee, sobre todo, habían sido años bastante buenos; que ambos, sus dos hijos, por mucho que la fuéramos a extrañar, teníamos mucho por qué vivir; que íbamos a estar bien sin ella. Salió el sol. Terry se volvió en coche al hotel para darse una ducha y dormir una siesta. Las amigas new age y la cristiana compasiva se habían ido no sé adónde, y yo estreché la mano de mi madre y le dije que la casa estaba vacía salvo por nosotros dos, éramos ella y yo en la casa, y afuera el día estaba precioso, había pájaros en los árboles, y una brisa movía las hojas, las nubes cruzaban el cielo, y si ella quería podía dar el paso y morir, que es lo que ella hizo entonces.

Desde 1966 hasta el verano de 1968, mi hermana y yo vivimos con nuestra madre en Tallahassee, Florida. Del otro lado de la calle había una iglesia a la que le habían sacado la aguja, que dejaron apoyada de costado para que se descascarara y oxidara en el patio contiguo. En la otra punta de la calle había una estación de servicio donde se podían comprar varios kilos de ostras de Apalachicola por cinco dólares. Nuestro papá enseñaba en Virginia; si bien el primer divorcio de nuestros padres ya estaba finalizado o a punto de finalizarse, él nos visitaba una vez por mes: llegaba en su escarabajo Volkswagen negro y estacionaba en la entrada, hecha de arena y caracoles, y esa era la señal para que Terry y yo saliéramos corriendo de la casa, gritando de la emoción. Muchas veces pasábamos la primera noche de sus visitas como una familia, sentados en el porche de cemento y ladrillo, abriendo y comiendo docenas de ostras mientras mirábamos la iglesia con su aguja decapitada, inútil. Mi hermana y yo conspiramos para tener un buen recuerdo de esos años, más que nada porque había muy pocos choques entre nuestros padres, al no estar casi juntos, pero también porque nosotros tres, Terry, mi madre y yo, pasamos a ser una familia por derecho propio, una familia que existía a falta de esa otra familia que hubiéramos querido poder ser. A Terry y a mí nos iba bien en la escuela; andábamos en bicicleta, armábamos fuertes usando los muebles del jardín, jugábamos con nuestros amigos de enfrente. Me uní a la división menor de los Boy Scouts; ella, a la de las Girl Scouts. Cada tanto nuestra madre nos permitía quedarnos en casa en vez de ir a la escuela, y los tres tomábamos el té en el living. Había algo que rozaba la normalidad en nuestras vidas.

En retrospectiva, diría que era una normalidad forzada. Nuestra familia feliz era un simulacro preocupantemente feliz de lo que se suponía era una familia.

Esto me trae a la mente un evento particular. Cuando yo tenía nueve, me tocó hacer del joven Macduff en una producción de *Macbeth* en la Universidad Estatal de Florida. Mi madre trabajaba como asistente de vestuario en el departamento de teatro. Ella era la que iba a hacerme el disfraz, una túnica de color amarillo anaranjado con una faja como cinturón. A pesar de que se la lavaba una y otra vez, con cada función la túnica se iba manchando más de sangre. Este es parte del diálogo de la segunda escena del cuarto acto, donde Lady Macduff habla con su hijo, antes de que los asesinen los secuaces de Macbeth:

L. MACDUFF: Pequeño, tu padre ha muerto,

¿Y qué harás ahora? ¿Cómo vivirás?

HIJO: Como los pájaros, madre.

L. MACDUFF: ¿Qué, de gusanos y moscas?

HIJO: De lo que encuentre, quiero decir, como hacen ellos.

L. MACDUFF: ¡Pobre pajarito! ¿Nunca le temerías ni a la red ni a la liga,

Ni a la trampa ni al cepo?

HIJO: ¿Por qué habría de hacerlo, madre? Nada de eso para los pobres pajaritos.

Mi padre no está muerto, digas lo que digas.

L. MACDUFF: Sí, está muerto. ¿Cómo harás para tener otro padre?

HIJO: No, cómo harás tú para tener otro marido.

Y:

HIJO: ¿Mi padre era un traidor, madre?

L. MACDUFF: Sí, lo era.

HIJO: ¿Qué es un traidor?

L. MACDUFF: Alguien que jura y miente.

HIJO: ¿Y todos los que hacen eso son traidores?

L. MACDUFF: Todo el que hace eso es un traidor, y hay que colgarlo.

Eso dicen los personajes justo antes de que entren los asesinos. Las didascalias indican que el joven Macduff es asesinado primero, gritando: “Me ha matado, madre. ¡Corre, te lo imploro!”, y que ella huye hacia los bastidores, gritando: “¡Asesinos!”. En nuestra producción, ambas muertes sucedían en el escenario. Primero caía yo, apuñalado en la espalda y el estómago. Mi supuesta madre venía corriendo y se arrodillaba a mi lado. Entonces la mataban. Caía sobre mí y se quedaba ahí, muerta (jadeando, eso sí). Así fue cómo me terminé por enamorar de Lady Macduff. Es decir, me enamoré de Janice, la estudiante universitaria que hacía de Lady Macduff. Para terminar la escena se bajaban las luces. Cada noche yo espiaba desde debajo de esa madre mía que no era mi madre, mientras se iban apagando los filamentos de las lámparas; cuando el escenario quedaba a oscuras, yo le susurraba a Janice al oído, que prácticamente tenía pegado a la boca: “Okey, arriba”, porque su perfume, y su pelo en mi cara, y su oreja en mi boca, y la presión y el calor de su cuerpo contra el mío, se volvían algo demasiado intenso y no lo podía soportar.

Me parece que algunos de los arquetipos de mi vida adulta entraron en juego durante la época de aquella obra: el hombre que aparece y se va, aparece y se va; la mujer que es al mismo tiempo mi madre y una chica de la que estoy enamorado; y mi madre de verdad, que muere por no tener ni el amor ni la protección de un hombre, su marido. Estas son formulaciones rudimentarias, pero de todas formas dejan entrever algo muy importante: cómo logré una victoria precaria sobre mi padre y me apoderé de mi madre. Como el joven Macduff en los momentos previos a la muerte, me convertí en el confidente de mi madre. Así, me convertí en su marido de verdad, el hombre que era al mismo tiempo parecido y distinto a los otros hombres. Y al convertirme en ambas cosas, me enfermé.

Mi principal afección era un asma considerable, que requería visitas al hospital y a varios consultorios. Tomé medicamentos que me hicieron pasar noches en vela, tratando de respirar vapor de un atomizador que no dejaba de zumbiar en la mesa de luz, con mi madre sentada al lado. Tenía una manera de sentarse al lado mío en la cama —un ángulo particular, inclinándose, quizá tocándome la frente o sosteniéndome la mano, acomodada como solo pueden acomodarse las madres en la cama al lado de un hijo enfermo— que nunca olvidaré. Esa era nuestra intimidad. En años posteriores, después de que ella y mi padre se hubieran vuelto a casar, y su deterioro alcohólico hubiera empezado seriamente, la imagen que tenía de ella en esos tiempos en Tallahassee, sirviendo el té en tazas de porcelana, o pasando noches sentada conmigo en el borde de mi cama en nuestra casita en 8th Street, se vería reemplazada por la cada vez más degradada Lady Macbeth en la que iba

a convertirse. Cuando decimos que nos morimos por algo o alguien, es posible que no reparemos en el sentido más literal que oculta esa metáfora. Yo era un niño que se moría por su madre, una madre que se obcecaba furiosamente en morirse, tarea que había comenzado antes de que yo naciera. En esta versión de la historia de mi enfermedad —la historia de nuestra colusión en la enfermedad— no solo yo estaba trayendo a mi madre a mi lado en la cama, no solo la estaba trayendo más cerca. Más bien me estaba casando con ella, estaba aprendiendo a hablar el lenguaje de su inconsciente, que era, como se vería con el tiempo, un lenguaje de sofoco y de muerte. Estábamos unidos en la enfermedad: ella era yo y yo era ella.

Me compré la Dux. Obviamente, el modelo más caro. Si uno se va a comprar un nuevo futuro, ¿para qué hacer las cosas a medias? Los tipos que la trajeron y la instalaron no solo eran repartidores: eran verdaderos creyentes, verdaderos aficionados. Uno era grandote, el otro menos grandote. El grandote era el que hablaba.

—Esta es la misma cama en la que duermo yo.

—¿En serio?

—Nunca dormí en una cama mejor. Y dormí en todo tipo de camas. Quiero que me mires un segundo. Soy un tipo grande. La mayoría de las camas me duran dos, tres años y después los materiales se empiezan a desgastar. Esta, no.

—¿En serio?

—Te lo digo con toda sinceridad. Es la cama en la que duermo yo. Mi mamá duerme en esta cama. Mi hermana tiene una cama así. La hermana de mi mamá duerme en esta cama.

—No me digas.

—Uno duerme como un bebé.

¿Como un bebé? ¿Y si yo quería dormir como un hombre? No importaba demasiado en cualquier caso, porque no iba a dormir nada. Esa noche, no. Ni la siguiente. Ni la otra.

—Ey, podrías venir. Me compré la cama.

—¿Sí?

—Sí, la tengo acá.

—No puedo creer que te hayas comprado la cama.

—Me compré la cama. La tengo acá.

—¿La probaste?

—Más o menos.

—¿Ya le pusiste las sábanas?

—Nah.

—¿Ya está mi almohada ahí?

—Claro.

—¿Es igual de alta que la otra cama?

—Prácticamente.

—¡Te compraste la cama!

—¡Me compré la cama!

Como quien dice, no pegué un ojo en toda la noche. Pero no por las razones que uno anticiparía o desearía. Pasé una noche terrible por varios motivos. En primer lugar, sentía que la cama era demasiado blanda. En segundo lugar, la sentía demasiado mullida. En tercer lugar, parecía transmitir en exceso las vibraciones de cualquier movimiento. En cuarto lugar, era demasiado definitiva. Representaba el final de la búsqueda de la cama misma. Y ahora, ahí estaba. La cama era mía. Sería un lugar no de amor y descanso, sino de privación y soledad.

Pasé toda esa primera noche despierto *sintiendo* la cama. Sentía cómo me hundía en ella. Sentía, al hundirme en la cama, la ausencia de la presión familiar contra mis hombros y caderas, y, sin esa presión familiar, me sentía a la deriva. Si R. se movía un centímetro, yo podía sentirlo. Si se daba vuelta, el efecto era catastrófico. A la mañana me levanté a la miseria, y R. también.

Lo que vino después, los días siguientes, fue un taller de histeria. Llamé al local. Llamé a otros locales, en otros estados. Quería que la comunidad Dux me dijera qué podía hacer yo para pertenecer, para sentirme en mi cama como ellos decían que se sentían en las suyas. Pamela, la encargada del local en 58th Street, en el East Side, al final perdió la paciencia y me dijo que podía devolver la cama, ¡inmediatamente! ¡Contra lo que indicaba la política de la empresa! ¡En mi caso haría una excepción! ¡Aunque no me reintegrarían el total! ¿Quería la cama? ¿Quería la cama o no? Solo, de noche, me hundía en la cama y trataba de quererla. Y mientras más me hundía, más cerca estaba de entender qué era esa cama exactamente. Era la última cama que compraría en mi vida. Era la cama con la que se cumpliría mi destino. Era la cama que volvería a casarme con mi madre, la cama que compartiríamos Louanne y yo. Cuando me movía, la cama se movía, respondiéndome a través del eco de los resortes, diciéndome que yo no tendría descanso. La cama estaba viva. Estaba viva con la vida de mi madre. Me hundía en la cama y era como hundirse en sus brazos. No estaba al lado mío en la cama, estaba *dentro* de la cama, y yo estaba *dentro* de la cama también, y mi madre tiraba de mí hacia las profundidades para morir con ella.

Era mi lecho de muerte. Era un ataúd. Era un sarcófago. No me quería morir. ¿O sí? Si solo pudiera hacer que la cama se quedara quieta. ¿Por qué no me podía dejar en paz la cama? ¿Por qué la cama no podía ser *mía*?

De día hice llamado tras llamado. Una mujer en un estado del Sur me refirió a un hombre en el mismo estado que había vendido estas camas durante veinte años. Era un conocedor absoluto del tema.

—¿Cómo es el piso en el que está su cama? ¿Es de madera?

—Sí, es un piso de madera.

—Ese es el problema.

—¿Cómo?

—A veces en un piso de madera estas camas reverberan mucho. ¿Tiene una alfombra debajo de la cama?

—No.

—Necesita una alfombra debajo de la cama. Así se amortiguan los resortes.

—No tengo alfombra.

—Vaya y compre un juego de esos protectores de goma y fieltro para muebles. Va a necesitar seis, porque una cama queen-size tiene ese par de patas extra en el medio.

¿Protectores? Era demasiado tarde para protectores. ¡Había que devolver la cama al depósito! ¡La pasaban a buscar a la mañana siguiente! El tipo grandote y el otro no tan grandote iban a venir a llevarse esa cama que yo quería y no quería, que necesitaba y no necesitaba para seguir siendo un hombre mejor y peor que los demás hombres. Salí corriendo, minutos antes de que cerraran los negocios, compré los protectores, volví corriendo a casa y los puse debajo de las patas de

la cama. Salté encima. Hacía días que no dormía. Noches. Y así se pasó aquella noche también. Mi madre. La cama. Mi madre. La cama. Morfina. La cama. Le había fallado por haber vivido mi vida. La había matado por no cuidarla. La comodidad estaba prohibida. Excepto en la muerte. Los hombres iban a venir por la mañana a llevarse nuestra cama. Levanté la colcha y me hundí en la cama y floté a la deriva, inquieto, en ese mundo de duermevela en el que podía vivir y morir con y sin mi madre muerta, y esperé a que vinieran los hombres.

Entonces se hizo de mañana, y la luz que entraba por la ventana me daba en los ojos, y yo ya tenía un cigarrillo en los labios, y sonó el timbre y subieron pesadamente las escaleras y empezaron a embalar la cama. Le sacaron las patas y la separaron por partes y la envolvieron, y en un abrir y cerrar de ojos la habitación estaba vacía, y mi mente insomne de repente estaba vacía también.

—¡Esperen!

Esperaron.

—¡Esto está mal!

—¿Qué está mal?

—¡Todo! ¡Todo!

Les conté la historia de la cama mullida y de los resortes. Todas esas noches en vela. Todas esas llamadas. Los encargados de los locales, los protectores para muebles. Me descargué. Pero no hablé de mi madre. No mencioné a Louanne. Los tipos estaban ahí, en mi dormitorio vacío, escuchándome, prestando atención. El grandote, que si no me equivoco era muy pragmático, me dijo:

—Puedo ver que hay un problema. Pero le tengo que decir la verdad, yo solo manejo el camión.

Fui a buscar el teléfono. Marqué el número del presidente sueco de Dux Interiors en Norteamérica. ¿Qué cuernos iba a decirle? ¿Qué quería pedirle?

—¿Hola?

—Hola. ¿Habla el señor Gustafsson?

—Él mismo.

—Hola. Me llamo Donald. ¿Soy un cliente? Tengo una cama que vinieron a buscar porque la voy a devolver.

—¿La va a devolver?

—Bueno, sí.

—¿No le gusta?

—Me gusta. Me gusta. Pero hay algunos problemas.

—¿Problemas?

El grandote dio un paso al frente, y tomó las riendas del asunto. Me dijo:

—Deje que le hablo yo a Bo.

Le di el teléfono. Y el tipo se puso a hablar en medio de mi dormitorio vacío, hecho un desastre. Habló durante un rato largo. Cuando terminó, me devolvió el teléfono y me dijo: “Bo quiere hablar con usted”.

—¿Hola?

—Hola. ¿Habla Donald? Hola. Déjeme preguntarle algo. ¿De qué tamaño es la cama?

—Queen-size.

—Ah. ¿Y le parece que rebota mucho?

—Ese es parte del problema.

—Mmm.

—Reverbera mucho.

—¿Reverbera? Explíqueme.

—Quiero decir que se siente todo. Cuando uno está en la cama. Cuando uno se mete en la cama. Se siente demasiado. Lo siento demasiado.

—Bueno. No sé qué decirle. La cama tiene muchos resortes. Así funciona. Todos los resortes trabajan juntos. Algo se va a mover. Quizá para descansar bien necesite su propio espacio para dormir. Quizá necesite una tamaño king-size.

—No tengo espacio para una king-size.

—No sé qué decirle. Va a tener que decidir si quiere quedarse con la cama o no. Yo no puedo decidir por usted.

—Ya lo sé.

—La cama es buena. Estoy seguro que si se la queda se va a acostumbrar. Son camas que requieren un tiempo para adaptarse.

—Ya lo sé.

—Suerte.

Colgué. Vi a los tipos ahí parados en mi casa. Vi la cama al lado de la puerta, embalada en cajas. Vi la luz del sol que entraba por las ventanas. Me vi a mí mismo ahí parado viendo todo eso. Era un hombre tan necesitado de amor y empatía que había llamado a un ejecutivo sueco a media mañana. Quizá, llegado un punto, la historia de mi madre y la cama pasa a ser la historia de mi madre y de mi padre, la historia que queda por contar, la historia, podría decirse, de queen contra king, de la reina contra el rey.

Se llevaron la cama. La dejé ir. R. tenía razón. Podía comprarme otra cama después. Me quedé ahí parado, en

el dormitorio vacío. Ahora en lugar de la cama había... ¿vergüenza? En lugar de la cama había un interrogante, un interrogante a la vez demasiado simple y demasiado complicado de resolver.

Parte II

Durante un tiempo, cuando era chico, el hermano de mi padre, mi tío Eldridge —un hombre que, según lo recuerdo ahora, era al mismo tiempo parecido y distinto a los otros hombres— se convirtió en mi amigo y mi compañero. Hoy no puedo pensar en mi tío sin acordarme de su auto y de lo que llevaba en él. En el asiento trasero tenía una bicicleta sin la rueda delantera. Nunca lo vi ponérsela ni andar en la bici. Al lado tenía una bolsa de golf con maderas y hierros, pelotas, *tees*, lápices para ir anotando los puntos, guantes de golf, una visera. Junto a los palos había un par de reposeras plegadas y metidas entre los asientos delanteros y traseros del auto, y sobre el asiento mismo había, bien acomodadas, unas toallas y una heladerita, donde cada uno o dos días cargaba hielo, cerveza y gaseosas sabor frutilla, uva o naranja. En el baúl del auto, según recuerdo, estaban sus raquetas de tenis enfundadas, y una bolsa como las que usan los tenistas profesionales, llena de pelotas en frascos, vinchas de algodón, shorts, camisetitas, zapatillas, medias y una gorra. Había una pelota de fútbol americano para jugar a pasársela en la playa, y un inflador. También había guantes y una pelota de béisbol, y un equipo de pesca —una caña desmontable guardada en su elegante

estuche cilíndrico, y un pequeño kit con anzuelos, carnadas y tanzas—, y un equipo de natación y, a veces, me acuerdo, de buceo, con antiparras, patas de rana y un esnórquel, un cu-chillo de buzo, un medidor de profundidad, un regulador, un chaleco salvavidas, un cinturón de lastre y, empujado hasta el fondo del baúl —aunque para hacerle un espacio puede que se haya visto obligado a sacrificar concienzudamente otros objetos—, un pequeño tanque que en realidad era mío. En caso de tener que ir bien vestido a algún lugar en tierra firme, llevaba lo mínimo indispensable. Pantalones planchados. Una camisa limpia. Una corbata, enrollada. Mudas de ropa interior. Medias finitas. Un cinturón. Zapatos negros con las hormas puestas. Pomada para zapatos. Un trapo para lustrarlos. Había un kit para afeitarse con navaja y jabón, shampoo, talco, un cepillo de dientes y dentífrico, un cepillo y un peine, y una cantidad considerable de English Leather, esa colonia que se iba echando a lo largo del día. Había un tocadiscos portátil, a batería, y discos de los Everly Brothers, los Clancy Brothers y los Smothers Brothers. Para leer, llevaba una colección de revistas de caza, tenis, golf y arquería, *Playboy* y *Penthouse*, y libros de D. H. Lawrence, Henry Miller y Lawrence Durrell. Para practicar tiro llevaba, en un espacio cerca del hueco para la rueda de auxilio, una pistola calibre 22 en un estuche de cuero; y a veces había una escopeta de dos cañones; y cuando tenía la escopeta en el auto y planeaba usarla, era posible que también llevara una caja de cartón con platos de tiro, muchos de los cuales arrojaba yo mismo, con un aparato a resorte diseñado para lanzar manualmente esos discos amarillos tan frágiles. Nunca faltaban municiones. Y había muchas cosas

relacionadas con el mantenimiento del auto en particular y con la seguridad vial en general: bujías, anticongelante en un bidón, aceite de motor en una lata, llaves tubo, cables puente, bengalas. Había bronceador; y había apósitos y otros insu-
mos médicos, como un rollo de venda elástica; y materiales de escritura y estampillas; y, apretujados aquí y allá en rinco-
nes y escondrijos, unos zapatos de golf, un paraguas, un pon-
cho para la lluvia, un termo, una navaja suiza, destapadores y
abrelatas, un par de binoculares, un frisbee.

En los días que tenía libres de su trabajo cargando camio-
nes que repartían gaseosa Canada Dry, en un depósito cerca
del aeropuerto de Sarasota, en Florida, solía jugar al golf, o
tumbarse en la playa, o jugar al tenis en las canchas munici-
pales con sus amigos del trabajo, y a veces iba en auto hasta
algún lugar apartado en el bosque, donde se instalaba con una
de sus reposeras, dejaba al alcance de la mano su heladerita y
un puñado de sus libros y revistas, ponía un vinilo en el toca-
discos y se sentaba a escuchar música folk, hojeando las revis-
tas, mirando el mundo a través de sus binoculares, bebiendo
cerveza de a sorbos y, de vez en cuando, disparando su pistola
contra las latas que acomodaba sobre las ramas de los árboles
o sobre alguna verja podrida a lo lejos. Un día, según me con-
tó mi madre, aparecieron unos agentes federales y estatales, lo
rodearon, lo esposaron y se lo llevaron, porque el presidente
Nixon estaba por aterrizar en Sarasota en el Air Force One, y
los equipos de seguridad que habían mandado de antemano
lo habían visto. Cuando lo llevaron a la comisaría local, el co-
misario les dijo: “Ah, ese es Bob Antrim nomás, es inofensivo”,
cosa que era cierta, así que lo liberaron enseguida.

Mi tío se llamaba Robert Eldridge Antrim. En la familia le decían Eldridge, para diferenciarlo de su padre, que también se llamaba Robert, y sus amigos le decían Bob, pero cada tanto también le decían Sam. Este último sobrenombre nació a mediados de los cincuenta, en las páginas de un diario de Sarasota, en un artículo encomiástico sobre el equipo de golf de la escuela secundaria, una de cuyas estrellas era Eldridge. De hecho, el mismo Eldridge era quien había dicho llamarse Sam, supuestamente porque se había cansado de “Eldridge”. Era un chiste, un chiste que perduró, aunque en los últimos años de su vida la única que le seguía diciendo Sam era mi madre, que estaba con él en el Hospital Conmemorativo de Sarasota cuando murió en 1992, de intoxicación etílica aguda. Cuando yo era joven, a mi tío lo conocía como Eldridge. Durante unos años, en mi adolescencia, fue como un héroe para mí. Hoy, cuando pienso en él, lo llamo Bob, y creo que esta transformación de Eldridge a Bob, pasando por Sam, tiene algo que ver con el efecto que tuvo en mi vida, en particular el efecto de un hecho puntual cuando yo tenía catorce.

Estábamos viviendo en Miami, mi madre, mi padre, mi hermana, nuestros gatos absurdos —Zelda Fitzgerald y la siamés con problemas neurológicos, Justine— y yo. Eldridge, por aquellos años, a principios de los setenta, vivía en la costa del Golfo en Sarasota, en una casita que compartía con su madre, mi abuela Eliza. La historia de la vida de Eliza es, en varios aspectos, inusual para una mujer de su época. Se crio en los primeros años del siglo xx, en Richmond, Virginia, en lo que, según mi padre, fue un estricto hogar episcopal, regido por un patriarca muy riguroso con sus hijos y muy posesivo

y afectuoso con su única hija, quien de todos modos logró escaparse a la Universidad para Mujeres Randolph-Macon, y después a la Universidad de Columbia, donde hizo una maestría en Español. Cuando ella se fue, un estudiante de Medicina de San Juan, Puerto Rico, se alojó —ignoro los detalles del acuerdo— en la casa de su padre. Al volver a casa durante las vacaciones, Eliza se enamoró de este hombre, y hasta se embarcó con él a Puerto Rico para visitar su país. Rafael, según cuenta la leyenda familiar, fue el amor de su vida. Me lo imagino como alguien que seguía cierto molde europeo: erudito y de voz suave, acostumbrado a usar prendas pensadas para que la gente no reparara en su físico ni, por así decirlo, en su persona: no para ocultar lo que yo imagino era su baja estatura o su falta de atletismo, sino más bien para ocultar, por pura cortesía, su magnetismo intrínseco, es decir, aquello que lo volvía inviable como pareja a largo plazo para una joven criada en lo que esencialmente era un hogar victoriano. Cuando se trata de cuestiones tan distantes a nosotros en época y en criterios, no podemos saber nada con certeza. Mi padre me dijo que cuando llegó la hora de que Rafael se volviera a su país, le rogó a Eliza que se casaran. Ella dejó muy en claro que lo amaba, pero que nunca podría casarse con un católico. Y ahí, al parecer, se terminó el asunto. Su amante se volvió a casa sin ella. Volvieron a verse una o dos veces en los años siguientes. Y después, ya muy vieja y con problemas de salud, mi abuela, como si con esto corroborara la implícita carga erótica de amar a una persona con la que no podemos casarnos, hizo algo sorprendente y hermoso. Compró un pasaje de avión a San Juan. No le contó a nadie lo que pensaba

hacer. Según parece, no pensaba hacer nada específico. Sola en Puerto Rico, visitó los lugares que recordaba de su estadía con Rafael, que había muerto uno o dos años antes.

La vida de Eliza, en mi opinión, terminó siendo muy distinta a la que esperaba tener cuando era una joven de veinte años, al huir —por incompleta o abortiva que haya sido su huida— de la casa paterna. Por lo que entiendo, después de volver de Nueva York vivió durante un tiempo en una especie de cautiverio doméstico, como una Elizabeth Barrett Browning de Virginia, hasta que se pactó que contraería matrimonio con un pariente lejano, Robert Antrim, un hombre mayor que ella, un hombre por el que sin duda no sentía ningún amor apasionado. En aquella época, Robert Antrim era el director de la granja experimental Blandy, hoy conocida como el arboreto estatal de Virginia, un centro de enseñanza agrícola cerca de Winchester. Era taciturno y trabajador, y con Eliza tuvieron dos hijos. Luego, un día, se le ocurrió que su destino era plantar gladiolos en Florida. Desde hacía un tiempo que él y su hermano, Frank, salían de viaje juntos en auto una vez al año: excursiones a Florida, ida y vuelta, durante dos semanas que pasaban sin hablar. Tenían un Ford viejo, y eran conocidos por manejar lento.

Puedo recordar, de mi niñez, lo lento que era el padre de mi padre cuando manejaba. Muchos años después de que Robert y su hermano hicieran sus primeros viajes por la costa atlántica, y mucho después de que Robert Antrim hubiera instalado a su familia en Sarasota, casi al final de su vida, cuando mi hermana y yo éramos chicos, solía llevarnos en su Mercedes azul, un sedán diésel, al Museo Ringling del Circo, parte

del desmedido legado que dejó el gran John Ringling después de endeudarse y de morir de neumonía en 1936, el mismo año que nació mi padre. El complejo Ringling está ubicado en la bahía de Sarasota, y abarca Cà d'Zan, la enorme residencia de invierno de John y Mable Ringling, decorada de un modo estrafalario; el Museo Ringling de Arte, lleno de pintores antiguos no tan conocidos y de cuadros y tapicerías del Barroco; un teatro estilo barroco italiano, el Asolo; y el Museo del Circo: todas construcciones hechas con edificios y partes de edificios del norte de Italia, cuidadosamente desmantelados y embalados para transportarlos a Florida en los años veinte y a principios de los treinta. Anexa a las galerías de arte hay una biblioteca donde mi padre de joven, en sus ratos libres, cuando trabajaba como guía en el museo por la tarde, después de la escuela y en las vacaciones de verano, leía libros de historia del arte. Ahí, según mi madre, fue que, después de un tour por las colecciones del museo, *sir* Anthony Blunt, el famoso espía e historiador de arte renacentista y barroco, invitó a mi padre, quien había dado el tour, al Instituto de Arte Courtauld, en Londres. Eso fue antes de que se revelara que Blunt era un agente ruso y le quitaran el título de caballero de la Real Orden Victoriana. A veces me pregunto qué habría sido de mi familia si mi padre hubiera aceptado la oferta de *sir* Anthony. Sea como fuere, así las cosas, a mi hermana y a mí, de chicos, en Sarasota, al llegar a la entrada del Museo del Circo siempre nos saludaba Cookie, un enano con un tapado rojo muy vistoso. Cookie era famoso como el munchkin que, en la secuencia de la tierra de los munchkins de *El mago de Oz*, le regala un ramo de flores a Dorothy.

En cualquier caso, recuerdo de esos viajes que mi abuelo nunca manejaba su Mercedes a más de cuarenta o cincuenta kilómetros por hora —a diferencia de mi otro abuelo, Don Self, que tenía, en su cochera, varios Oldsmobile y Buick de los modelos más grandes, esos que fácilmente alcanzaban los ciento cuarenta kilómetros por hora en la autopista—, y recuerdo, de un modo tan emocional como visual, el paisaje que caracterizaba esa parte de Florida en los años previos a que la costa del Golfo se convirtiera en el área semiurbana y densamente poblada que es hoy en día.

La costa de Florida en aquel entonces era tal cual uno se habría imaginado y, según sospecho, muy acorde a las expectativas de cierta gente, gente que, como la familia de mi padre, de Virginia, y la de mi madre, de Tennessee, se mudaron al sur para aprovechar uno de esos momentos de auge económico en miniatura que, durante los años cuarenta, cincuenta y sesenta, impulsaron el crecimiento y el empleo en la zona costera. En esos tiempos remotos, Florida era, tal como la recuerdo ahora, un reino de ríos negros como el tanino y manantiales límpidos; de ostreros impolutos, medio metro por debajo de las aguas poco profundas de la bahía y el estuario; de tejados rojos asomándose aquí y allá por encima de las palmeras reales y los manglares que daban a playas blancas, a las que se accedía cruzando puentecitos arqueados siempre repletos, en las horas mágicas justo antes del atardecer, de pescadores sacando meros, pargos y róbalos. Lo que más recuerdo de mi niñez en Florida es la intensidad de los colores en el agua y por encima del agua, mientras las nubes flotaban hacia el este por encima del océano, trayendo chaparrones por la tarde,

que podían empezar con unas gotitas en el viento y después largarse torrencialmente, inundando las calles, las veredas, los jardines, las canchas de tenis, el mundo entero me parecía a mí, antes de que, al cabo de una hora o dos, se desplazaran tierra adentro. Muchas veces, durante las tormentas, en el cielo subtropical de Siesta Key brillaba una luz verdosa, permeando las hojas de las palmeras y de los árboles de un verde aún más intenso, al tiempo que el golfo y la bahía, en cuyo lento oleaje no paraban de zambullirse las gaviotas y los pelícanos, adquiría un tono oscuro, casi aceitunado, que nunca he visto en el agua en ninguna otra parte.

¿Pero qué hay de mi taciturno abuelo y su taciturno hermano? Según cuenta la leyenda, en cierto peregrinaje a Titusville o Arcadia a paso de tortuga, se detuvieron en uno de esos ubicuos locales a la vera de la carretera donde les vendían bebederos de yeso para pájaros e imitaciones de estatuas griegas y romanas a los inmigrantes y los jubilados con delirios de grandeza. Usando la menor cantidad de palabras posible, los hermanos le preguntaron al dueño cuánto pensaba que valía todo su inventario en efectivo. El dueño les dijo que se imaginaba que el inventario entero valdría unos cuarenta dólares. Sin decir una palabra más, los hermanos le dieron los cuarenta dólares, un billete de veinte cada uno, una suma importante para la clase trabajadora pocos años después de la Segunda Guerra Mundial. Arrancaron el auto y siguieron medio kilómetro por la ruta sin decir nada —no sé cuál de los dos iba al volante, si Robert o Frank—, giraron en U, volvieron por el mismo tramo, entraron de nuevo al lote sin bajarse del vehículo y se llevaron por delante las estatuas, a una velocidad

notablemente baja, destruyendo de la primera hasta la última. Es difícil entender esta historia, sobre todo porque ninguno de los dos hermanos hablaba mucho, así que me pregunto quién habrá sido el primero en contar la historia del puesto a la vera de la carretera y de su telepatía fraternal y de los bebederos para pájaros pulverizados, y a quién se la habrá contado. Es una historia que me gusta.

Bien visto, parece que Bob —o más bien debería decir Eldridge— nunca tuvo muchas chances de llegar lejos en la vida. Además de las dificultades que implicaba tener un padre excéntrico y una madre imperiosa, debía lidiar con su hermano mayor, mi padre. En las historias que contaba mi madre sobre su juventud, mi padre parecía intimidante, de tan buen alumno y de tan popular que era, un joven a todas luces destinado a llegar lejos, muy mimado también por su madre, una mujer que, al mudarse por fin a Florida, se había convertido en la profesora de latín de la secundaria de Sarasota, conocida entre el alumnado como “la vieja César”. Y la verdad es que Eliza Antrim tenía, en buena medida, esa cuota de reserva y sobriedad con la que la gente sofisticada se desenvuelve cuando vive en entornos esencialmente coloniales. Lo mismo con toda probabilidad podría haberse dicho de Julio César, que mantenía el orden con la espada en los barbáricos arrabales del imperio. Sin embargo, a diferencia de los súbditos imperiales del César histórico, los alumnos de mi abuela con el tiempo seguían con su vida, y escapaban de su control. Hasta mi padre, quien, al convertirse en profesor, un intelectual profesional, hizo realidad en parte el futuro que ella soñaba para él, pudo casarse, tener hijos y construir una vida separada de la de su madre. Mi tío fue su vasallo de por vida.

Esto es más o menos lo que sé. En 1958, a los dieciocho, Eldridge se fue de su casa para ir a estudiar arte y literatura en la Universidad del Sur, en Sewanee, Tennessee. Pintaba y dibujaba, pero no sobrevive ninguna obra de ese período, ni de ningún otro. Después de la universidad se mudó al norte, a la Ciudad de Nueva York, donde se instaló en un departamento cerca de 70th Street, en el East Side, y se anotó en el programa de capacitación para ejecutivos de la Manufacturers Hanover Trust Company. Es poco probable que planeara ser artista y mantenerse con un trabajo como vicepresidente en un banco. Al parecer se endeudó, pasó sus noches en los bares de Second Avenue y Third Avenue, y reprobó o simplemente abandonó el programa de capacitación, aunque no antes de conocer, en sus clases de banca minorista y comercial, al amor de su vida. M. era —y es— una mujer hermosa e inteligente, que hasta hace poco seguía siendo una bancaria exitosa. El hecho de que mi tío, después de su rápido paso por la cultura empresarial, hubiera terminado como taxista y portero en el Upper East Side no amedrentó a M., que sin duda veía, como suele hacer la gente muy enamorada de alguien en camino a tocar fondo, alguna versión de él que nunca dejaría de ser meramente potencial.

Recuerdo a M. de un viaje que hizo mi familia a Nueva York cuando yo tenía diez y mi hermana nueve; y recuerdo a mi tío en su departamento, un lugar en el que yo pensaría a menudo luego, al mudarme a Nueva York, a mi propio departamentito casi sin amoblar, en un edificio sin ascensor, a solo unas cuerdas de donde él había vivido veinte años antes. Lo mejor de ese viaje fue una tarde en FAO Schwarz, la mejor

juguetería del mundo, donde entramos con órdenes de compra —regalos del tío Eldridge— en la mano. Yo, después de mucho explorar y sopesar (y quizá sabiendo que el sueño de mi tío era sacar la licencia de piloto y volar aviones jumbo), elegí uno de esos aviones de plástico con un motor ruidoso, chirriante, pensado para orbitar en círculos alrededor del “piloto”. Era un avión barato de juguete, que inevitablemente se cayó y se rompió cuando, no bien mi padre pudo hacerlo volar (nunca lo pude volar yo), los cables del control se enredaron y dejaron de servir para nada, haciendo que el avión se viniera a pique al suelo.

En cualquier caso, M. todavía seguía en pareja con él, y mi hermana y yo no dejábamos de molestarla a ella y a Eldridge para que se casaran —¿por qué no estaban *casados*?—, como seguiríamos haciendo en los años siguientes, incluso después de que nuestro tío hubiera renunciado a Nueva York y gravitado hacia la costa, antes de volver finalmente a Florida para vivir en la casa de sus padres, en un cuartito con paneles de madera en las paredes y lleno de armas y municiones, novelas británicas, todo tipo de equipamiento deportivo, soldados de juguete antiguos ordenados en anaqueles polvorientos, una cama estrecha y corta con una manta escocesa y, apilados cerca de la cama para tenerlos a mano, números viejos del mismo tipo de revistas que llevaba en el baúl de su auto: revistas de automovilismo, de aviones, de buceo, de golf, de tenis, de rifles, de arquería, y las *Playboy*.

Puede ser que su cuarto haya sido lo que, cuando yo era adolescente, en Miami, hiciera que me atrajera tanto el estilo de vida de mi tío. Todo eso me parecía deseable

porque era *suyo*, supongo, y porque todo lo que hacía estaba relacionado con los placeres de la adolescencia.

Creaba la ilusión de que era un tipo independiente, libre.

Yo tenía trece cuando empecé a tomar el ómnibus para cruzar los Everglades y visitarlo. Me sentaba al lado de la ventanilla y buscaba caimanes con la mirada en los canales negros junto a la autopista, mientras, muy a lo lejos, los incendios causados por los relámpagos quemaban el pasto seco y los pinos enanos que crecen en grupos, como innumerables islitas asomándose sobre las aguas poco profundas al sur de Naples. Por aquella época, digamos en 1972, mi abuelo, Robert Antrim, ya había muerto, y mi tío más o menos había abandonado cualquier sueño de tener una vida en algún lado que no fuera la casa de su madre. El alcoholismo de mi propia madre había alcanzado una dimensión suicida directamente dramática, operística, y ella y mi padre —casados, divorciados y luego casados de nuevo entre sí— se hacían la guerra noche tras noche. Mi hermana estaba ocupada tratando de salvarse a través del estudio. Yo estaba ocupado reprobando exámenes. Nuestra gata siamesa se había comido un sapo venenoso sudamericano y sufría ataques que la hacían caerse y sacudirse con violencia. La otra gata había alcanzado esa edad en la que el vómito es algo crónico.

Y cuando bien entrada la noche mi madre entraba a mi habitación oscilando de un lado al otro, medio inconsciente, con el humo gris de su cigarrillo enmarcándole la cara, destruida por el bourbon y el vino blanco; cuando ella levantaba la mano para darme un golpe, y yo sin dificultad le apartaba el brazo, y después me acercaba para sostenerla lo más pronto

posible antes de que se desplomara; cuando, mientras ayudaba a mi madre a mantenerse en pie, echaba una mirada a sus espaldas para ver a mi padre observándonos desde las sombras, fuera de mi habitación, susurrando que lamentaba mucho todo; cuando, en suma, pasaba todo eso, tarde o temprano llegaba un momento en el que me vaciaba de toda sensación, o lo que sea que entendemos por sensación. Y aunque es verdad que sentía enojo y vergüenza y miedo —emociones con las que sigo viviendo, más de treinta años después de mis solitarias peregrinaciones al lúdico mundo del tío Bob—, también es verdad que no sentía nada en absoluto. Y para compartir esa sensación que no era una sensación, para estar con otra persona, un hombre que, entiendo yo ahora, era como el hombre en el que yo podría convertirme un día, un hombre vacío de toda sensación, yo me tomaba el ómnibus.

El ómnibus me llevaba más allá de Frog City y de los asentamientos indios de los mikasuki, de todos esos parques donde hacen espectáculos de lucha con caimanes y esos puestos donde se alquilan hidrodeslizadores. En Naples, el paisaje cambiaba, y el ómnibus doblaba hacia la derecha y enfilaba por la parte suburbana de la costa del Golfo, haciendo paradas en Fort Myers, Punta Gorda, Port Charlotte y otras no-ciudades que ni siquiera tenían centro y cuyo nombre no puedo recordar, para continuar luego hacia el norte en dirección a Venice, hogar de circenses retirados, cruzando puente tras puente, por encima de ensenadas estrechas y cientos de lanchas a motor ancladas, antes de llegar finalmente, después de lo que en mi memoria parece un viaje eterno, a Sarasota, la ciudad donde nací, y donde mi tío, bronceado

y con olor a English Leather y a la cerveza que había bebido la noche anterior, me estaba esperando para recibirme en la estación con la misma pregunta que yo he estado tratando de responder desde entonces:

—¿Qué te gustaría hacer?

Nos subíamos al auto. Bajábamos las ventanillas. Encendíamos la radio. Arrancábamos. Después de un rato, le hacía la pregunta que siempre ansiaba hacerle cuando lo veía por primera vez después de mucho tiempo:

—Eldridge, ¿qué estás comiendo?

—Chuletas de cerdo.

—¿Preparadas cómo?

—Asadas.

—¿Con qué guarnición?

—Espinaca.

—¿Qué más?

—Arroz.

O:

—Chauchas.

O:

—Papas fritas.

Según explicaba él —y mi tío se veía obligado a explicar esto una y otra vez, porque a la gente le encantaba escucharlo—, si a lo largo del año comía un menú que consistía en un mismo plato principal cada mes (filetes en marzo, espagueti en abril, lenguado en mayo), la suya terminaba siendo una dieta balanceada.

Hoy, en retrospectiva, es fácil apreciar la desesperación y el terror que debía sentir mi tío, a juzgar por lo mucho que

lo obsesionaba ser autosuficiente y estar siempre preparado para cualquier cosa, en su casa y en su auto: en particular en su auto, un vehículo de cuatro puertas que insumía una cantidad bestial de combustible, que parecía una versión usada y barata de los autos que manejaba el padre de mi madre, y que era distinto bajo cualquier aspecto al que, en cierto momento de la juventud de mi tío, había definido su entusiasmo por la vida. Era un auto sexy, un Triumph TR3 rojo cereza, con un volante color nuez y un agujero oxidado en el suelo del lado del acompañante —efecto del aire salado de Florida—, que obligaba a quien estuviera sentado ahí a ubicarse con extremo cuidado, en especial porque no había demasiada distancia entre el chasis del Triumph y el pavimento. Yo tendría apenas siete u ocho años cuando Eldridge empezó a llevarme a manejar en ese auto. Cuando aceleraba, y la aguja que marcaba las revoluciones por minuto empezaba a moverse en la consola, yo me inclinaba con cuidado hacia adelante y hacia la izquierda, porque mi tío me invitaba a tomar el volante para guiar el coche derecho por las calles de Sarasota.

Pero volvamos a la historia de Eldridge y sus cosas. Todas las mañanas él iba a la cochera y abría el baúl del auto. Se quedaba parado, delante de lo que tenía guardado ahí, moviendo y cambiando sus bártulos, reemplazando la ropa de tenis transpirada por ropa limpia, mejorando la disposición general de todo, mientras en la casa su madre, ya canosa, que a menudo se pasaba la noche entera caminando de arriba abajo, se desplazaba lentamente del cuarto al living y del living al porche y del porche a la cocina, preguntándose, preocupada, si su hijo y su nieto iban a comer aunque sea

algo para el desayuno antes de abandonarla para pasar el día entero haciendo payasadas y jugando al tenis y jugando al pool con los amigos del trabajo, su trabajo en el muelle de carga de Canada Dry en el aeropuerto.

Una vez que mi tío establecía que todo estaba en orden, que teníamos lo que necesitábamos si, por ejemplo, el mundo explotaba y todo ser vivo fuera de nuestro auto se extinguía catastróficamente, arrancábamos. Esos días que pasábamos juntos, ¿de qué estaban hechos? Viéndolos hoy, diría que nuestros días estaban hechos de puro deseo. Teníamos actividades más estructuradas, como el tenis —yo todavía no me había arruinado el hombro con mi saque alto, errático, rara vez eficaz pero explosivo, el saque teatral de un chico atolondrado—, y pasatiempos menos formales, como entrar a los almacenes para comprar suministros, cruzar uno de los atestados puentes que llevaban a Siesta Key y a la playa, enfilarse con el auto hacia el norte y caer de improviso en la casa de Joel, antes de hacer una parada en la de Roger. Cada vez que jugábamos al tenis, siempre llegaba un momento en el que aparecían las nubes negras que venían del golfo, y se largaba a llover, y todos salían corriendo de las canchas y aprovechaban para beber algo de agua. Luego, de un modo igual de repentino, el cielo se despejaba, y el mundo volvía a llenarse de ruido, con las llamadas de las gaviotas y el pío de pájaros más pequeños. Cuando salía el sol, retomábamos el partido, tratando de evitar los charcos. Después íbamos caminando al estacionamiento y mi tío abría el baúl del auto.

El baúl, tal como lo veo ahora, era un repositorio físico, una especie de depósito o arsenal, en el cual mi tío escondía

aspectos de sí mismo que se habían convertido, con los años, en algo prohibido, negado, olvidado. Lo que tenía en el baúl eran símbolos de aquello que algún día podían quitar de nuestras vidas —la suya y la mía—, tótems que representaban el sexo y el deporte, la música y el trabajo, la comida y la bebida, incluso la charla y la risa. Juntos, mi tío y yo nos quedábamos ahí, con las manos en los bolsillos, mirando fragmentos de la vida que deseábamos; y cada tanto yo estiraba la mano y sacaba algo, una prenda, por ejemplo, o el estuche con la caña de pescar desarmada de Eldridge. A veces sostenía aquel objeto en mis manos, admirándolo, antes de volver a ponerlo en su lugar, después de lo cual Eldridge cerraba el baúl y cada uno iba a su respectivo costado del auto, abría las puertas y se subía. Nuestras conversaciones eran perfectas. Cada vez que le decía, hablando a veces de casa, a veces de la escuela, que quería escapar de mi situación, él asentía con la cabeza y sugería que fuéramos hasta Siesta Key y nadáramos en la playa antes de que se pusiera el sol.

El último día que pasé con él jugamos dobles con Roger y Joel. Desde las canchas de tenis podíamos ver la bahía de Sarasota y, con su resplandor purpúreo, recortándose contra el rojo del ocaso, el refulgente techo con forma de concha marina del Van Wezel Performing Arts Hall, auditorio conocido como la Vaca Violeta. Después del partido, mi tío y yo caminamos hacia el auto. Como de costumbre, escudriñamos, revolvimos y cerramos el baúl. Es posible que le haya preguntado sobre M. ¿Ella había ido a visitarlo? ¿Iba a venir? ¿La amaba él? ¿Lo amaba ella? ¿Se iban a casar alguna vez? ¿Por qué no? Después fuimos a la casa de Joel, en un complejo

cerca de Bradenton. Inmediatamente después de entrar por la puerta principal, sonó el teléfono. La esposa de Joel contestó, dejó el tubo en una mesada y dijo: “Bob, es tu madre. Te estuvo llamando”.

Pasaba a menudo. A las pocas horas de salir de casa, su madre empezaba a marcar los números de bares, restaurantes, casas particulares, dondequiera que él pudiese estar. Quería saber cuándo pensaba volver con ella. Quería saber si estaba bebiendo cerveza. Quería saber si se quedaría hasta tarde. Quería saber si él le estaba diciendo la verdad. Podía oírlo hablándole al teléfono en la cocina de Joel, respondiéndole:

—Sí, Don está aquí. Sí, la está pasando bien. No, no dejo que beba cerveza. Sí, ya comió. No, no estoy conduciendo a mucha velocidad. No, no nos vamos a quedar hasta tarde.

Etcétera, etcétera. Cuando dejamos la casa de Joel y nos fuimos con Roger y Joel y la mujer de Joel en caravana a jugar al pool en una mesa enorme que era prácticamente el único mueble en el living de Roger —y en la casa entera, hasta donde yo podía ver—, sonó el teléfono y otra vez oí a mi tío hablar con mi abuela:

—Sí, estamos jugando al pool. No, no estamos apostando dinero. No te preocupes, no voy a dejar que beba cerveza. Sí, pronto vamos a estar en casa.

Fue más o menos por aquella época que, imitando a los amigos adultos de mi tío, empecé a decirle Bob a Eldridge.

—Bob, ¿qué vamos a comer? —le pregunté cuando, más tarde esa misma noche, después de jugar al tenis y al pool, después de volver por Fruitville Road hasta la casa, de estacionar

en la cochera y de controlar el baúl una última vez, y antes de dejar el mundo del auto y de entrar en el reino de Eldridge y su madre.

Las luces del horno estaban encendidas en la cocina. Del otro lado de la casa, mi abuela iba de aquí para allá. Podía verla en las sombras. Era una sombra pálida, con su bata azul en su cuarto oscuro, detrás de las puertas corredizas de vidrio que, tras las cortinas, daban al porche, donde yo dormía en un sofá cama.

—Chuletas de cerdo.

—¿Con qué guarnición?

—Papas fritas.

—Está bien. ¿Ya empieza el programa de Johnny Carson?

—Casi.

—¿Voy encendiendo el televisor?

—Sí —dijo.

Él estaba cocinando, usando la parrilla y un tenedor. Yo estaba sentado en su cuarto, donde él tenía la tele, mirando sus revistas. Mi tío, según recuerdo, siempre tenía en el cuarto un juego para un solo jugador, *El laberinto*, básicamente una caja de madera en cuya tapa de arriba, que era móvil, había una especie de laberinto por donde uno tenía que guiar una bolita de metal. Mi tío podía girar las perillas y lograr que la bolita llegara sana y salva al final del trayecto. Yo me quedé un rato bebiendo gaseosa y jugando con eso, y mi tío abrió otra cerveza.

Eldridge era un tipo alto y hermoso. Cuando se bronceaba adquiría un tono rojizo característico de la gente de ascendencia escocesa. En la frente tenía una cicatriz de la vez que se había llevado por delante la horquilla de un montacargas.

La panza cervecera no lo hacía menos atractivo. Usaba una cadenita de oro. Daba la impresión de que se hubiera sentido como en casa en una de las fiestas de la mansión de Playboy que se veían en las revistas apiladas junto a la cama.

Johnny Carson apareció en la pantalla. Comimos haciendo equilibrio con los platos sobre las piernas. Mi tío cubrió sus chuletas con una capa de pimienta. Yo hice lo mismo. Las chuletas estaban secas y duras, y la pimienta rebotaba contra la carne. La señal del televisor era borrosa; había que ajustar la antena periódicamente. Yo sabía que quería ser como mi tío, y sabía también que no estaba tan seguro de querer ser como mi tío. Me quejaba con él de mi padre, que había empezado a preocuparse de un modo ridículo porque, según él, si yo no cambiaba de actitud nunca podría hacer un posgrado. A veces, cuando me quejaba, Bob me provocaba diciéndome que yo no tenía el coraje suficiente para dejar la escuela y listo. Debo haber sentido, de algún modo, que mi tío y su hermano, a lo largo de sus vidas, siempre habían estado en desacuerdo. Bob y yo vimos cómo Carson entrevistaba invitado tras invitado. En mi memoria, esa fue la noche que el comediante Steve Martin se robó el show cuando apareció con una flecha de juguete barata en la cabeza. ¿O habrá sido la noche que apareció con la mitad de la barba afeitada?

Dejé mi plato en el suelo, me levanté, y crucé la puerta de vidrio abierta para ir al porche. Oí a Bob en su cuarto, desvisténdose. Después de un momento salió y se quedó parado al lado de mi sofá cama. Tenía puestos unos boxers y una remera, y se estaba riendo de mí, pero él había bebido tanto que sus comentarios ya habían perdido la gracia y se habían vuelto desagradables.

Yo estaba de pie al lado de la cama. Él estaba de pie al lado mío. Me dio un empujoncito, y de repente nos estábamos cayendo. Estábamos luchando en la cama. Se me subió encima y empecé a retorcerme. Yo estaba panza abajo y tenía a mi tío encima de la espalda. Él me agarraba de los brazos. Se movía con torpeza. Estábamos luchando, y después ya no luchamos más. Me forzó a quedarme quieto y a callarme. Yo podía sentir el olor salado, tostado, de su piel; y podía sentir la cerveza caliente en su aliento cuando exhalaba contra el costado de mi cara. Se dejó de mover, y yo también.

Respiró.

Respiré.

Su cuerpo estaba desparramado en diagonal al mío. El peso de su pecho me hundía contra la cama. Nuestras caras estaban lado a lado.

¿Cuánto tiempo nos quedamos así, respirando juntos en el sofá desplegado? El momento no duró mucho. Transcurrió el tiempo suficiente para ponerle fin a nuestra amistad. ¿Se había desmayado? ¿Estaba esperando que le hablara? ¿Era seguro moverse? Sentí su peso muerto encima, y mi opinión sobre él, y sobre su estilo de vida, cambió. Me di cuenta de que este tipo que tenía encima era un borracho en ropa interior, un tipo que comía lo mismo noche tras noche en un cuarto en la casa de su madre, y me espanté.

—Arriba —le dije.

Se enderezó. Se apartó de mí. Lo vi levantarse y caminar tambaleándose, descalzo, hacia su cuarto. Tenía las luces apagadas. Oí rechinar los resortes de su cama, que era bastante pequeña, y creí ver, en las horas que tardé en dormirme, a su

madre, mi abuela, caminando de arriba abajo detrás de las cortinas corridas de la puerta de vidrio que daba a su habitación en el otro extremo de la casa. En una época, cuando era chico, yo había dormido en su cama con ella. Pero esa noche, después de que Eldridge se fuera a acostar, el otro extremo de la casa me parecía un lugar realmente muy lejano.

A la mañana siguiente le dije a mi tío que tenía que irme de Sarasota. No le dije por qué, y no sé si él, de alguna manera, entendió. Simplemente le dije que tenía que irme. Me llevó en auto a la estación. Me acompañó hasta el ómnibus, y de ahí el ómnibus enfiló por Tamiami Trail, haciendo paradas en los pueblos en el camino, hacia el sur, pasando Naples, y después hacia el sudeste, cruzando los Everglades. Después de un largo viaje vi, por las ventanillas de la derecha, la enorme fábrica de cemento que, en aquellos días, marcaba el fin del trayecto a casa.

Cuando tenía dieciséis, dejé Miami para ir a un internado al pie de las colinas de las Blue Ridge Mountains. Dos años después, me fui al norte para asistir a la universidad, y cuatro años después me mudé a Nueva York, donde sigo viviendo. En esos años, solo vi a mi tío un puñado de veces. En 1983 mi madre dejó de beber, y durante la década siguiente hizo lo posible por mantenerse en contacto con él. En un momento dado mi tío y mi abuela se mudaron de la casa a un pequeño departamento. En ese departamento murió Eliza, y él se quedó solo. Trabajó durante varios años como ayudante de cocina en un restaurante de Siesta Key. Solía ir muy tarde, después de que el restaurante cerrara, y trabajaba hasta el amanecer, preparando y organizando la comida para que hicieran el almuerzo los

cocineros que venían por la mañana. A mi tío le gustaba esa rutina, porque lo protegía de tener que ver o hablar con otras personas. Le decía a mi madre que no creía poder ir nunca a Alcohólicos Anónimos ni dejar de beber, porque si no se medicaba con alcohol era posible que lastimara a alguien.

Murió a los cincuenta y dos años. Mi madre me contó después que había perdido mucho peso de repente, que se había puesto amarillo y que, al final, le sangraba la piel. Y me contó una historia sobre su último año de vida, una historia sobre una mujer de la que nadie en mi familia había oído hablar.

Cuando él era niño, en esa época remota en la que Robert Antrim destruía bebederos de pájaros y urnas con el auto, Eldridge había conocido a una chica que vivía en una granja cerca de la propiedad de Tom, el hermano de su madre, en James River, no muy lejos de Amherst, Virginia. Mi tío y esta chica habían cabalgado juntos. La chica se enamoró de Eldridge, y nunca lo olvidó. Como él, después tuvo una vida difícil, se hizo alcohólica y terminó sola en el mundo. El año anterior a la muerte de mi tío, ella de algún modo se las arregló para encontrarlo. Se vino a Sarasota para estar con él durante el tiempo que le quedara. Trató de hacer que comiera, y controló cuánto podía beber. Ella también se estaba muriendo, de un tumor cerebral. Estaba ahí —instalada en el departamento que mi tío había compartido con su madre— cuando, en 1992, mi madre fue en auto a Sarasota para despedirse del hermano de su exesposo, al que le gustaba llamar Sam, como en los viejos tiempos. Según cuenta la historia, cuando Sam murió, esta mujer que ninguno de nosotros conocía, y que estaba sola en el departamento, vio —según le informó

después a mi madre, una oyente ideal— cómo se formaban pisadas sangrientas a lo largo del piso del living.

Nunca sé qué pensar de este tipo de historias, ni de la gente que las cuenta. La verdad es que ni me creo ni rechazo del todo la historia de las pisadas sangrientas, en parte porque me parece que a Eldridge debería permitírsele un gesto memorable de despedida, un gesto de... ¿qué? ¿Soledad? La mujer de Virginia se quedó a cargo de sus cenizas, que se llevó de vuelta a Virginia con ella. Ella también murió al poco tiempo. Mi madre, años después, me contó que esta mujer de aquella granja en el río al pie de las Blue Ridge Mountains había tenido un hermano, un hombre que vivía en lo más profundo del bosque; se rumoreaba que era una persona violenta. Mi madre suponía que las cenizas de Eldridge pueden haber terminado en manos de aquel hombre.

Después de la muerte de su hermano, mi padre fue en auto por el Tamiami Trail hasta Sarasota y vació el departamento. No hubo funeral. Le pregunté qué había pasado con los rifles y los discos de Eldridge, su equipo de buceo, de golf y de tenis, y me dijo que mi tío había reemplazado todo eso por pistolas de alto calibre y caja tras caja de municiones sin abrir, que él, mi padre, sacó del ropero del dormitorio y llevó hasta la armería, donde logró vendérselas de vuelta al dueño del local.

Parte III

En otoño de 1988, seis años después de que el segundo matrimonio de mis padres llegara a su fin, cuatro años antes de la muerte de Eldridge, mi madre llamó desde Miami para informarme que su novio, S., al que había conocido en Alcohólicos Anónimos, pronto vendría a Nueva York. El motivo de la visita de S. —la primera desde mediados de los setenta, cuando él había venido, de joven, a estudiar pintura y dibujo, para terminar cayendo en la bebida y, según mi madre, al menos esporádicamente en la indignancia también— era, de acuerdo a lo que me dijo mi madre, ubicar y, con suerte, verificar la autenticidad de cierto cuadro, un paisaje que había cautivado la imaginación de S. años antes, durante su etapa como artista en ciernes en Manhattan.

—¿Qué cuadro? ¿Qué autenticidad? —pregunté.

—Te lo va a tener que explicar él. Es su viaje —me dijo—.

Un momento.

Entonces hubo un ruido —la palma abierta de mi madre que tapaba la boca del tubo—, y pude oír que le decía a S., en un susurro teatral que revelaba la sutil nasalidad de su acento sureño, de los Apalaches:

—Vamos, le tenías que decir algo a Don, ¿no? Te va a escuchar.

S. hablaba muy despacio y muy por lo bajo. Yo estaba parado en la cocina abarrotada del departamento en el Upper East Side que compartía, en aquella época, con mi novia, K. Presioné el tubo contra la oreja y escuché la voz suave y ansiosa de S., una voz formada, según la recuerdo ahora, casi totalmente de aliento, de exhalaciones, que me decía, al insufrible ritmo de una palabra cada diez segundos más o menos (estoy exagerando, pero así lo sentía yo):

—Ah,

hola,

Don.

—¿Cómo anda todo? —dije.

—Como

siempre,

supongo.

—Mamá dice que vas a venir a Nueva York —le dije rápido, tratando de usar mis propias palabras como un policía inglés usa su bastón para que los vagabundos apuren el paso.

—Nueva York... —dijo él.

Esperé.

—Sí... —agregó.

Ambos esperamos. Y al fin, gradualmente, de un modo que me enfurecía, poco a poco fue perfilándose una historia: la historia de un cuadro.

El cuadro, me dijo, era viejo. Era de forma rectangular, quizá de un metro veinte de alto por sesenta centímetros de ancho. Tenía un marco de madera grueso y ligeramente ornado. Según entendí, la obra pertenecía —o había pertenecido— a

un hombre que tenía una casa de piedra rojiza en Chelsea, una pensión, donde se alquilaban los cuartos. Es posible que este hombre hubiera comprado el cuadro en Europa o en América. O quizá sencillamente se lo había encontrado.

De a poco, a lo largo de muchos minutos, el novio de mi madre en Miami me fue contando que había otro hombre en la historia, en aquella pensión en el centro. No sé por qué, pero tengo la impresión de que este hombre era un pariente de un amigo de S.; si no me equivoco, uno de los varios parientes lejanos que en un momento u otro tuvieron en su posesión el cuadro o alegaron saber algo al respecto. Sea como fuere, este hombre recordaba haber visto, en una revista de arte, una reproducción de la obra. No podía recordar el nombre ni la fecha de la revista, ni el contenido del artículo. De hecho, lo único que recordaba con seguridad, según S., era el hecho de que el cuadro era “importante”.

¿Pero importante en qué sentido? Esa era la pregunta que se convertiría —que ya *se había convertido*— en la obsesión de S.

Después de mudarse de Nueva York, S. había pasado casi quince años, según mi madre, deambulando de arriba abajo por la Costa Este, alojándose fugazmente en pensiones o cuartos alquilados, bebiendo, haciendo la clase de trabajos ocasionales —pintar autos, pintar letreros, trabajar en obras de construcción, etcétera— que suelen hacer las personas en situaciones así. En un momento, terminó de vuelta en Florida, de donde era oriundo, y donde, después de repetidos intentos —en esto se parecía a mi madre: el arco que va de la derrota a la recuperación era un lazo que los unía a los dos—, había logrado dejar el alcohol, sin más

recaídas. Incluso, por primera vez después de abandonar la Escuela de Artes Visuales en Nueva York, había empezado a pintar de nuevo.

Tengo uno de los cuadros de S. de este período colgado en una pared del living. Como todas sus obras después de unirse a Alcohólicos Anónimos y de mudarse al condominio de mi madre en el sur de Miami, la firmó con su segundo nombre, Craig. Es un cuadro pequeño, más o menos del mismo tamaño y con la misma forma que la carátula de un long-play de vinilo, y, como tantos otros de S., es un paisaje. Pero no está pintado del natural. ¿O sí? La pintura muestra, a media distancia, a la derecha, una montaña escarpada, más que nada de color blanco y lavanda, como si estuviera cubierta de plantas en flor. Arriba, a la izquierda, en primer plano (colgando de una esquina, como elementos decorativos en un prosce-nio) hay hojas pintadas con mucha delicadeza, que parecen casi prehistóricas; en el extremo derecho, recortándose contra la montaña y un cielo blanco, azul y lavanda, una palmera solitaria, imposiblemente alta y angosta, parece crecer de un desfiladero imposiblemente profundo y ancho. Cuando miro este cuadro, con su topografía extraña, su rodajita de luna en un cielo antinatural, y su palmera desconcertante y descolocada, siento que hay algo que está mal en las proporciones y ubicaciones de los objetos. El efecto que genera es de perturbación, ya sea en la mente del pintor o en el mundo de la pintura. Y por eso mismo siento que a la escena le falta algo. Un tiranosaurio, quizá. Y entonces noto, más por sentirla que por observarla, la simetría dentro de esa perturbación, y me doy cuenta de que S., de una manera deliberada y habilidosa,

o quizá por accidente, pintó un mundo realmente alternativo, es decir, un mundo diferente al nuestro no solo en virtud de los elementos imaginarios que lo componen, sino también de las leyes de la naturaleza, sea cual fuera esa naturaleza, que gobierna las relaciones espaciales entre dichos elementos.

¿Pero qué hay del otro cuadro, el de la época en que S. era un joven artista viviendo en Nueva York? Para S., ese cuadro había sido, durante sus años de vagabundeo, una fuente de contemplación creativa, y un símbolo de la voluntad que le quedaba de escapar de sus circunstancias y trabajar como artista. Y lo que es más pertinente —especialmente durante el período en el que él estaba tocando fondo, para usar una expresión que circula mucho en las reuniones de Alcohólicos Anónimos—, le había servido como un símbolo, o quizás como *el* símbolo espiritual, de sus ganas de vivir. Había pensado, y reflexionado largamente, sobre ese cuadro casi todos los días de su vida como alcohólico. Mientras rociaba autos oxidados con pintura, mientras martillaba clavos de carpintería, mientras estaba sentado en un bar, en Nueva York o Florida, pensaba en el cuadro. S. pensaba en el hombre que había aventurado por primera vez que podía tratarse de una obra importante, y en el artículo de aquella revista del que había oído hablar pero que nunca había visto; y eso lo llevaba a pensar en las tradiciones pictóricas de Europa y de América, y en la historia del arte en general y, supongo, en todos los cuadros famosos que él solo había visto en libros. El recuerdo de ese cuadro importante con su marco de madera tan grande y pesado, por no hablar de la obsesión de corroborar algún día sus cambiantes ideas sobre el origen de la obra, lo

habían ayudado —y de esto me di cuenta al conversar tanto con S. como con mi madre— a seguir viviendo.

—¿Qué te parece que es? —le pregunté finalmente en un momento de nuestra charla telefónica, aquel día de 1988.

—Bueno,

yo

pienso

que

es

un

Da Vinci.

—¿Un qué? —dije.

—...un Leonardo Da Vinci —dijo.

—¿Le pasarías el teléfono a mamá?

—¿Hola? ¿Don?

—¿Qué está pasando?

—Le parece que el cuadro puede ser un Leonardo Da Vinci, querido.

—Ya lo sé. Escuché lo que dijo.

—Va a pasar una semana en Nueva York y quiere investigar este asunto y quiere saber si vas a ayudarlo.

—¿Ayudarlo?

Cosa que hice. En cierto modo. Cuando se es, como lo fui yo —como lo sigo siendo— el hijo ansioso de una madre volátil e infantil, uno aprende a simular que acepta, como algo verosímil y viable, dichos y opiniones claramente ridículos.

Así como también es posible que uno, para defenderse de las absurdas decepciones causadas por padres frágiles y desdichados, aprenda el burdo arte del sarcasmo.

—¿Cuándo tiene pensado hacer esta búsqueda visionaria?
—le pregunté a mi madre, y ella me dio todos los detalles.

Un mes después, más o menos, S. se alojó temporalmente —y aquí la historia se vuelve algo confusa— con alguno de esos parientes lejanos que mencioné antes, el hombre que, tras la muerte del dueño de la pensión donde S. había visto el cuadro por primera vez, ahora lo tenía en su poder. S. enseguida lo fotografió, después tomó un par de tijeras y cortó muestras del lienzo sobrante, el que estaba metido en el perímetro interno del bastidor. A mí eso me pareció un acto de mutilación, o, como mínimo, de agresión apropiadora, y probablemente incompatible con cualesquiera que sean los protocolos para conservar obras de arte antiguas. ¿Se suponía que uno tenía que cercenar un pedazo de lienzo? Por otra parte, ¿a mí qué me importaba? ¿Por qué iba a preocuparme yo de lo que S. podía hacerle a un cuadro que, con toda probabilidad, era un pedazo de basura juntando polvo en un departamento?

Preguntas así —cualquier pregunta, para el caso, sobre S., mi madre y el cuadro— a menudo se convertían en puntos de conflicto entre K. y yo. Mucho antes de que empezara esta loquísima odisea familiar histórico-artística, K. había descubierto que, cuando mi madre se involucraba en mis cosas o yo en las suyas, incluso si eran temas aparentemente intrascendentes, era probable que eso le terminara trayendo problemas a ella, problemas en el sentido de peleas en la pareja. En aquellos años yo era muy torpe a la hora de controlar las consecuencias de mi lealtad hacia mi madre, una persona intrínsecamente incapaz de no meterse en los asuntos de sus hijos, o de procesar lo que ella veía como infracciones hostiles

(“Mamá, ¿*en serio* te parece que el cuadro es un Leonardo Da Vinci?”) contra su propio punto de vista abierto y tolerante. Así que yo terminaba sometiendo a K., una y otra vez, a mis comentarios agresivos sobre las tendencias fantasiosas de mi madre. Cuando K. me daba la razón, me le ponía en contra y me apuraba en defender a mi madre a capa y espada.

S., mientras tanto, ya había llegado a Manhattan. Estaba volviendo al lugar donde había empezado todo. Recuerdo que nos visitó a K. y a mí, en nuestro departamento en 88th Street. También recuerdo haber ido con él a ver el cuadro. Lo que más recuerdo ahora del cuadro no es tanto cómo se veía, exactamente, sino cómo me sentí ahí parado, al lado del novio de mi madre, un hombre decidido a encontrar un Leonardo Da Vinci.

Me acuerdo de que el cuadro parecía sucio. Estaba apoyado contra una pared. El marco, con grabados y filigranas, era, como había señalado S., enorme, hasta opresivo; parecía estar hecho de caoba, con manchas de un tono marrón más oscuro, que hoy asocio con los detalles de madera de las casas victorianas de piedra rojiza; en tamaño, sería el equivalente a media cabecera de cama. La obra —encajonada, por así decirlo, en esa estructura de madera— parecía de algún modo fuera de escala consigo misma. Debería señalar que en aquel momento de mi vida yo no sabía prácticamente nada sobre historia de la pintura, ni europea, ni americana ni de ningún otro tipo, y que lo poco que sabía de ninguna manera me autorizaba a evaluar una obra de arte. Dicho sea esto, no me pareció que fuera obra de un gran maestro de la pintura antigua. De hecho, no parecía ser un verdadero *hallazgo*, fuera

del período que fuera. En la mitad inferior del cuadro había un arroyo o un riachuelo con piedras, que fluía cuesta abajo directamente hacia el espectador. Había árboles a ambos lados del agua, y colinas verdes que se elevaban y se alejaban del centro de la composición. El primer plano lo ocupaban más que nada, y esto era interesante, varias cañas de hojas grandes; en el tallo de una de las cañas estaba posado un pájaro —¿una especie de paloma?— de tamaño más grande, debido a la perspectiva. El cielo sobre este paisaje natural era radiante, resplandeciente, y adquiría un tono casi blanco cerca del horizonte, oscureciéndose y volviéndose más grisáceo a mayor altitud, como si el sol oculto apenas empezara a despuntar.

Pero las piedras redondeadas y el agua que caía en cascada por encima de ellas tenían algo que no me terminaba de convencer. Los colores me parecían extraños; los árboles eran oscuros, lúgubres, mientras que el río se veía chispeante y bien iluminado. La luz en el cuadro, la luz del sol invisible pero a punto de asomarse (o tal vez a punto de desaparecer por completo), venía de atrás. ¿Esa luz desde el fondo no implicaba un río más oscuro en primer plano? ¿Y qué eran esas plantas de hojas tan grandes, tan del hemisferio sur? ¿Y ese pájaro aislado, rechoncho? En general, la escena era romántica, de un modo vagamente desagradable. Tenía, en mi opinión, un aire victoriano que generaba rechazo, igual que el marco. Me hacía acordar a los vitrales de fines del siglo XIX. No me parecía una obra bella.

Y sin embargo, debo admitir que me afectó. Cada vez que la recuerdo, me dan ganas de volver a verla.

Pero en estos casos me basta con ver la foto que tomó S. durante su estadía en Nueva York, una instantánea mal

enfocada y mal iluminada, impresa en papel Kodak. También tengo varios pedazos del lienzo que S. recortó del bastidor con tijera. Y tengo copias de las respuestas que recibió S. de los curadores a quienes les había mandado sus consultas y, supongo yo, la foto en duplicado. Una carta, fechada el 28 de noviembre de 1988, dirigida a S. y enviada a la dirección de mi madre en Miami, es de la colección Frick, y sugiere que S. se ponga en contacto con el Departamento de Pintura Europea del Museo Metropolitano de Arte. Evidentemente, están desestimando la consulta. ¿Quién podría culpar al personal del Frick? ¿Un Da Vinci desconocido? Otra carta, de la Biblioteca Pública de Nueva York, le sugiere que se comunique con el Instituto de Tecnología Stevens, en Hoboken, por la colección que tienen ahí dedicada a Da Vinci. Una carta de Sotheby's, del 9 de diciembre de 1988, indica que no tienen interés en subastar la obra.

¿Qué bicho lo había picado?

Además de enviar cartas a museos, S. estaba yendo a la biblioteca de consulta del Frick, en 71st Street, donde se pasaba días hojeando libros de arte antiguos con la esperanza de encontrar una reproducción que coincidiera con la instantánea que llevaba consigo a todas partes. Me recalcó la importancia de que fueran libros *antiguos*, razonando que el cuadro —que, según sus teorías, había pertenecido a alguna colección privada antes de que lo robaran o lo perdieran— podría haber circulado en épocas anteriores. Cuando me pregunté, en voz alta, por qué no lo metía en un taxi y lo llevaba directamente al Met, alegó como excusa que, después de todo, el cuadro no era suyo como para andar llevándolo de acá para allá en

la calle. Además, me dijo, le gustaba hojear aquellos libros antiguos en esos archivos fascinantes, que, me di cuenta entonces, estaban a un mundo entero de distancia de los suburbios de Miami y de su vida como un artista subempleado con un largo historial de trabajos sin futuro.

En Miami, mi madre esperaba noticias. Hablábamos con cada vez mayor frecuencia. “¿Alguna novedad de S. sobre el cuadro?”, me preguntaba ella. O le preguntaba yo: “¿Alguna novedad de S. sobre el cuadro?”. Pero no sé si alguna vez le dije, realmente, lo que pensaba de S. y de sus ideas sobre el cuadro.

—Mamá, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué no lleva la pintura para que la evalúe alguien que sepa de esto?

—Don, este es *su* proyecto. Creo que deberíamos dejarlo hacer las cosas a su manera. Es importante para él.

—Ya lo sé. Pero su manera de hacer las cosas no es muy productiva.

—Todavía no sabemos eso.

—Bueno...

—Este asunto significa mucho para él, y necesita resolverlo a su ritmo —dijo, y pude oír en su voz ese desapego tranquilo que es tan importante para mantener la sobriedad. Pero también oí (y puede que esto fuera lo que ella quería ocultar con su actitud distante) algo que sonaba mucho a miedo. Después de todo, ella era la pareja de S. Estaba involucrada en su plan para identificar lo que podía convertirse, de probarse que era auténtico, en uno de los cuadros más famosos del mundo. Después de dejar la bebida, mi madre había empezado a

exhibir una ingenuidad alarmante en todo lo que tuviera que ver con la salud mental y espiritual. En 1988, yo ya tenía mucha experiencia escuchándola describir talleres dedicados a canalizar vidas pasadas, a practicar formas extremas de la astrología, a hablar en lenguas muertas. ¿Qué pensaba ella del cuadro? ¿De verdad creía que su novio se había topado con un Leonardo Da Vinci? ¿O sencillamente estaba preocupada de que si S. llegaba a identificar el cuadro sufriera una decepción demoledora?

¿Y yo? ¿Por qué le seguía la corriente con toda esta ridiculez, llamando por teléfono a los museos y las librerías anticuarias para preguntarles, de parte de S., qué podría hacer alguien en caso de descubrir, en teoría, un cuadro que podría ser, o no, un tesoro desconocido de la pintura europea?

Después de un par de llamadas humillantes, me di por vencido. Simplemente no podía hacerlo. Le deseé lo mejor a S. —a esa altura ya estaba de vuelta en Miami— y le pedí que me mantuviera informado de su progreso. Guardé las instantáneas que me había dado en un cajón, junto con las muestras del lienzo putrefacto. Y traté de dejar de pensar en el problema del cuadro.

Sin embargo, un aspecto del problema me seguía molestando. Durante muchos años, cuando ella aún bebía, mi madre (como tantos alcohólicos altamente funcionales, que logran hacer muchas cosas) había estado a cargo de un departamento universitario dedicado a la historia de la indumentaria, el diseño de moda y la química textil. Sabía cómo fechar una muestra de tela. O, si no sabía hacerlo ella misma, sabía cómo ponerse en contacto con gente que supiera.

Le pregunté al respecto:

—Mamá, ¿dirías que ese lienzo tiene unos quinientos años de antigüedad?

—Es muy difícil saberlo, Don.

—¿Pero qué te parece?

—No lo sé.

—¿No podrías llevar un pedazo a la Universidad de Miami para ver si alguien puede someterlo a alguna prueba?

—Oh, no podría.

—¿Por qué no?

—Tengo que respetar que no es un asunto mío.

—No te querrías enterar, ¿no? ¡Preferirías no saber! —le dije en un momento.

Lo más probable es que yo estuviera preparándome para buscarle pelea a K., quien, de hecho, había sido más que paciente con todo este tema.

—¿Cómo está tu mamá? —me preguntaba a veces K., cuando me veía colgar el teléfono y tambalearme como una persona que acababa de beber algún brebaje de una copa humeante.

—¡Están totalmente locos! ¡Totalmente locos! ¿Leonardo Da Vinci? ¡Un carajo!

—Donald, sabías que era una locura.

—Ya lo sé.

—¿Entonces qué te sorprende?

—No es... no es que me *sorprenda*. No me sorprende.

—Bueno, ¿y entonces?

Era una buena pregunta. Lamentablemente, entender la realidad es una desventaja cuando la realidad es inadmisibile,

o, mejor dicho, cuando los sentimientos e intuiciones de las personas, sus deseos y apetitos, hacen las veces de realidad. Oculta dentro del relato del cuadro —un relato todavía inconcluso, un relato no solo de sentimientos e intuiciones, sino también de esperanzas y sueños desmesurados— estaba, sentía yo, la historia de mi familia alcohólica. Esta historia, ahora contada a través de la historia de un cuadro mohoso que *podía ser*, hasta que se demostrara lo contrario, un Leonardo Da Vinci, era, en mi opinión, una historia en la que básicamente todo lo que podía suceder en la vida —todo lo que podía llegar a volverse realidad mañana, o el día después de mañana, o el día después de ese— podía terminar siendo, hasta que se demostrara lo contrario, ese elemento milagroso, transformador, que, como una gran obra de arte, nos acercaría a la salvación.

—Tu *madre* —me decía K. cada vez que yo colgaba el teléfono. Después suspiraba.

Unos años antes de que S. emprendiera su peregrinaje por las bibliotecas de arte de Nueva York, me subí a un avión y fui a Miami a visitar a mi madre. Era un viaje que había esperado con ansias. En ciertos aspectos, supongo, era un viaje que venía esperando gran parte de mi vida. Estábamos de acuerdo: había llegado el momento de que charláramos sobre nuestro pasado. Más precisamente, ella me había invitado a sentarme con ella a la mesa y contarle cómo había sido ser su hijo durante los años en los que ella había vivido sumida intermitentemente en un largo sopor etílico.

Recuerdo que era la semana del Día de Acción de Gracias. Mis abuelos iban a venir en auto desde Carolina del Norte.

Ellos, S. y yo nos reuniríamos en el departamento de mi madre para dar gracias porque ella había dejado hace relativamente poco la bebida, un cambio que, por precario que fuera, había costado mucho.

Una o dos noches antes de que tuviera lugar esa celebración, me senté en el comedor con S. y mi madre. Supongo que yo tendría unos veintisiete años. Recuerdo que ambos —debería haber sido más perspicaz con este tipo de señales y portentos— se sentaron en sillas alejadas de la mesa, con el respaldo contra la pared. Yo, en cambio, me senté en un lugar improvisado, sin coordenadas definidas: el centro ambiguo del comedor. En la escena, así dispuesta, mi madre y S. estaban ubicados como dos jefes de Estado, escuchando, en su calidad de funcionarios, los pedidos de un solicitante. Pero también eran un par de alcohólicos nerviosos con la espalda contra la pared, esperando a que los atacaran. Como de costumbre, mi madre estaba fumando como un escuerzo. Su cenicero, sus cigarrillos, su encendedor y su café, en su taza roja, estaban cerca suyo, sobre la mesa. Desde algún rincón del departamento nos espiaba su gato blanco, peludo, con cierta enfermedad en la piel.

—Don, quiero que sepas que yo sé que te hace falta decirme algunas cosas —dijo ella. Y me pregunté: ¿qué estaba haciendo ahí *él*? Ella se inclinó hacia adelante—. Adelante.

—Ehhh...

—Supongo que te molestarán y te intrigarán algunas cosas.

—Sí.

—En mi vida ahora hay mucha serenidad, así que puedo escucharte.

Se dio vuelta hacia S. y agregó:

—¿No es cierto?

—Sí,

así

es.

—¿Hay serenidad en tu vida, Don? —me preguntó mi madre.

—No lo sé. Quizá. Sí y no.

—Eso no parece muy sereno que digamos.

—Supongo que es algo que tengo que trabajar.

—Estás enojado.

Suspiré. Empezábamos mal.

—La verdad, solo quería poder decir un par de cosas —dije.

—Te escucho.

—Esperaba que pudiéramos hablar. Sobre cómo eran las cosas cuando Terry y yo éramos chicos. Cómo nos criamos.

¿Pero qué quería decirle, a fin de cuentas? ¿Le quería decir el miedo que nos daba ella cuando se emborrachaba? ¿Le quería decir lo que había sido estar acostado, despierto, de noche, esperando a que hubiera silencio en casa? ¿O quería decirle que yo, su hijo, vivía todos los días temiendo no llegar a saber nunca cómo amar a otra persona? ¿Esas eran cosas que un hombre podía decirle a su madre, una alcohólica en recuperación, mientras su novio, otro alcohólico en recuperación, estaba sentado al lado?

Yo estaba sentado en mi silla. Ellos estaban sentados en sus sillas. Ninguno de nosotros, creo, sentía ninguna serenidad. Las paredes blancas del condominio de mi madre estaban llenas de las reproducciones art déco enmarcadas que

mi padre le había comprado, ilustraciones de moda de Icart y Erté, y una gran serie de láminas de revistas que habían sido populares en Francia a comienzos del siglo xx. Las láminas mostraban a mujeres con vestidos improbables y sombreros enormes, algunas paseando los perros en boga por aquella época, galgos rusos y otras razas distinguidas. Ese era el arte de mi madre. Le encantaba el período histórico al que pertenecía y el conjunto de estilos que representaba. Ahora tengo la mayor parte —unas doce obras— en mi departamento en Nueva York, metidas detrás de los muebles, apoyadas contra las paredes, donde no se las puede ver fácilmente. Durante un tiempo, después de su muerte, hice la prueba y colgué uno de los Icart, una ilustración hermosa de una mujer desvestiéndose en un dormitorio a oscuras. La puse en un lugar destacado, sobre un sofá bajito en el living. Pero después de un tiempo ya no soportaba verla. Tuve que sacarla y guardarla.

Esa noche en Florida, la noche del comedor, miré cómo mi madre fumaba sus cigarrillos y bebía su café. De vez en cuando se agachaba y hacía pequeños gestos con la mano para llamar al gato, que se mantenía alejado, en las sombras, como si no estuviera del todo convencido de que era seguro cruzar tanta distancia para entrar al comedor. Me había pasado la vida mirando cómo mi madre fumaba cigarrillos y bebía café. Pero nunca de noche. De noche siempre había bebido whiskey Jim Beam de un vaso grande.

—Todo eso es cosa del pasado —dijo ella, y pude oír, de nuevo, esa tonada nasal, sureña, de los Apalaches, en su voz.

—Ya lo sé.

—¿Por qué esa necesidad de vivir en el pasado?

—No vivo en el pasado.

—Claro que sí. Estás viviendo en el pasado. Yo solté el pasado. No vivo en el pasado. Me niego.

—No te estoy pidiendo que lo hagas.

—No vengas a *mi* casa a atacar *mi* serenidad. No necesito tu hostilidad. Si se te ocurre algo constructivo para agregar a esta conversación, adelante. Pero si me vas a criticar y a agredir con esa hostilidad tuya, no lo necesito. Se te dio por vivir en el pasado, y por arrastrarme otra vez a toda esa mierda. Estás enojado. Estás enojado y agresivo.

—Un momento —supliqué—. En primer lugar, hay una diferencia entre el enojo y la hostilidad.

Qué error. Mi madre me fulminó con la mirada, y después se dio vuelta para mirar a S., que, francamente, parecía aterrorizado.

—¡No necesito este odio de mi propio hijo! —le dijo, en una especie de grito, antes de dirigirse a mí—: O vas a apoyar a esta familia, o te vas de mi casa.

Al poco tiempo terminé tirado en la alfombra del comedor de mi madre, hecho un ovillo, llorando. Cada tanto levantaba la mirada y veía a mi madre o a S., o a los dos, espiando desde su dormitorio del otro lado del departamento. Era como si, al igual que el gato, tuvieran miedo de asomarse al comedor. ¿Tenían miedo de quedar contaminados? ¿Contaminados por el Pasado? Yo era el Pasado. La puerta del dormitorio se abría un poco, y se filtraba algo de luz, y yo podía distinguir sus figuras. Mi madre se veía alta e imponente en su bata de casa blanca y lisa. S., en cambio, al lado suyo parecía bajito y endeble y enjuto, un hombre delgado

cuyos gestos y movimientos, como su voz (y las crípticas firmas que ponía en sus propios cuadros, y los métodos de investigación azarosos que emplearía, años más tarde, para evitar que se identificara correctamente el cuadro en Nueva York), transmitían su necesidad de no ser visto, de no ser detectado y, como el creador de la obra que se transformó en su obsesión, de no ser reconocido.

No recuerdo exactamente cómo se dieron las cosas durante el resto de ese desastroso viaje a Florida. Ni recuerdo tampoco en qué momento tuve la certeza de que S. y mi madre estaban conspirando para que la identidad del cuadro no dejara de ser un misterio. A mediados de 1989, el tema parecía cerrado.

Luego, después de lo que pareció un tiempo largo, recibí una llamada. Era S. Me dijo que tenía que contarme algo importante sobre el cuadro, que seguía en manos de un pariente suyo. S. me dijo que había estado pensando mucho en el tema. Y me dijo, de paso, que me agradecía por haberlo ayudado esos meses en los que se había esforzado tanto por establecer la autenticidad de la obra. Pero se había equivocado, me dijo: se había equivocado con el cuadro. Después de mucho meditar sobre el problema, había descubierto la razón por la cual le había —nos había— resultado imposible identificarlo. Me dijo que ese descubrimiento le había causado mucho dolor, y lo había llevado a reflexionar mucho sobre sí mismo. Me dijo que el cuadro no era lo que él había creído.

De los muchos silencios en todas las conversaciones que tuve con S. en aquellos años —los años previos a que él dejara de ir a Alcohólicos Anónimos y dejara de figurar en la vida de

mi madre—, este pareció ser el más largo. Pegué la oreja al tubo. ¿Qué estaba tratando de decirme S.?

—Debería

haber

sabido

que

no

era

un

Da Vinci.

—Ah —dije.

—¡Creo

que

es

un

Frederic

Church!

—¿Perdón?

—Frederic Church —repitió.

¿Frederic Church? ¿El pintor de la escuela del río Hudson? ¿Del siglo XIX? ¿El que tenía esa mansión estilo persa con vista al Hudson en el norte de Nueva York? ¿Famoso por sus paisajes? ¿Pasó un tiempo en Sudamérica? ¿Pintaba animales y pájaros?

—Frederic Church —dije—. Gracias por hacérmelo saber.

Y un rato después, terminamos nuestra conversación y colgamos.

K. y yo, para entonces, nos habíamos mudado a otro departamento, más pequeño, en el Upper East Side. Durante

la mayor parte del año yo había estado deprimido, y nuestra relación —confinada, por así decirlo, a un espacio demasiado reducido como para tener ni privacidad ni una intimidad cómoda— se estaba empezando a desmoronar.

—Dice que ahora piensa que es un Frederic Church —le dije cuando, más tarde esa misma noche, K. llegó a casa del trabajo, dio un portazo y tiró el morral en el piso.

—Qué sé yo —dijo, capturando perfectamente, me pareció a mí, la esencia extraña y triste y verdadera de todo.

Y la verdad es que hasta ahí debería haber llegado el asunto. Pero faltaba más.

Ya había pasado más de un año desde la primera vez que S. había venido a Nueva York para ver el cuadro. Ahora, a comienzos del invierno, vino de nuevo. Durante un período de varios meses estuvo viviendo en Manhattan, en una pensión de Chelsea, una casa, según me la imagino, similar a aquella donde, años atrás, había empezado toda esta historia. Para S. debe haber sido algo así como volver a su hogar. Poco después de Navidad, mi madre se subió a un avión y voló a Nueva York para visitarlo y pasar una semana con él. Ella y S. acamparon juntos en su habitación. No había teléfono; mis comunicaciones con mi madre estaban restringidas a las veces en que ella lograba vencer el viento invernal y llegar hasta un teléfono público en la esquina. Como tenía mala circulación de tanto fumar, le costaba mucho. Además, caminar se le estaba empezando a poner difícil. A la mañana y a la tarde, S. visitaba galerías y bibliotecas de museos. Por supuesto, no encontró nada.

Yo había pensado, según recuerdo, que este sería un buen momento para que mi madre y K. se conocieran. Les propuse la

idea a ambas. K. dijo que estaba lista para conocer a mi madre, y mi madre lanzaba grititos de placer cuando pensaba en conocer a K., con quien había hablado en unas pocas ocasiones, cuando yo le había encajado el teléfono a K. y le había sugerido que la saludara. ¿Pero cómo se me había cruzado eso por la cabeza? ¿Me imaginaba que nosotros cuatro —mi madre con su enfisema, su novio pasivo-agresivo, mi novia cada vez más harta y yo— íbamos a ir a un restaurante y pedir algo juntos? ¿Nos veía sentándonos como una familia y hablando sobre Leonardo Da Vinci y Frederic Church? El plan terminó en la nada. K. y mi madre nunca se conocieron. Y cuando quise darme cuenta, mi madre ya había hecho sus valijas y se había vuelto a casa. Poco después, S. se había ido también.

Sin embargo, esta vez el esfuerzo había dado sus frutos. De todos los parientes que en un momento u otro tuvieron, o *llegaron* a tener, algún vínculo con el cuadro, dos ya habían muerto, y un tercero —que *no* era el hombre que había leído el artículo de la revista dedicado al cuadro ese tan importante— le había dado la obra a S. Mi madre me contó que él le había dicho a S. algo así como: “No hay ninguna otra persona en el mundo lo suficientemente loca como para interesarse en el coso este. Lo mejor va a ser que te lo lleves”.

—¿Y qué va a hacer con el cuadro? —le pregunté a mi madre durante una de nuestras llamadas de larga distancia. Esto fue más o menos (estoy adivinando) en 1990 o a comienzos de 1991.

—No lo sé, Don. Dice que lo va a poner en un depósito de obras de arte. Dice que no sabe qué más hacer con él.

—¿Sigue creyendo que es un Frederic Church?

—Le tendrías que preguntar a él.

En el verano de 1991, me mudé del departamento que compartía con K. y empecé un período de muchas mudanzas. Durante un tiempo, viví en un cuartito alquilado. Más o menos por aquella época, en Miami, S. hizo sus valijas y dejó el departamento de mi madre. Ella me contó más tarde que él había empezado a beber de nuevo; en su opinión, no andaba nada bien. Se lo cruzaba de vez en cuando en las reuniones de Alcohólicos Anónimos —parecía abandonar y retomar el programa continuamente— o hablaba con él por teléfono. Me dijo, al pasar, que él había conseguido trabajo en una pinturería y ferretería, asesorando a los que pedían pintura de interiores. En otra ocasión, me dijo que estaba trabajando pintando letreros. No tenía su dirección, pero creía que estaba viviendo por Miami Beach. En un momento, me dijo que posiblemente estuviera durmiendo en el auto. En cualquier caso, según ella, S. no daba la impresión de estar comiendo bien. Se emborrachaba con frecuencia, incluso cuando asistía a Alcohólicos Anónimos. No tenía buen aspecto. Ella no creía que fuera a vivir mucho. Ni creía que fuera a encontrárselo muchas veces más tampoco, a medida que pasara el tiempo.

El tema del cuadro, hasta donde yo sabía, estaba definitivamente cerrado. Sin embargo, un día recibí una llamada —más novedades sobre S.— de mi madre. Al parecer, según recuerdo de lo que me contó, él había ido a un bar en Miami Beach y ahí había entablado conversación con un par de extranjeros, o quizá uno solo. Los hombres, o el hombre, aseguraban tener contactos con *marchands* en otro país, quizá Holanda. Al cabo de un tiempo, S. juntó coraje y sacó la fotografía del

cuadro. Me dio la impresión, escuchando a mi madre, que S. no explicó sus teorías sobre la identidad del cuadro; más bien sacó la foto de su billetera, la mostró y esperó una respuesta. La respuesta fue un gesto de asombro. ¿Dónde había sacado esa foto? ¿La había tomado él mismo? ¿Dónde estaba el cuadro? ¿S. había *visto* el cuadro? ¿Sabía dónde estaba? ¿Se daba cuenta de lo importante que era?

Según mi madre, estos hombres le informaron a S. que se trataba, sin lugar a dudas, de una obra del pintor norteamericano Frederic Church. S. le había contado a ella que el cuadro había pertenecido a una colección en Europa, y que había desaparecido a principios de siglo, probablemente en la entreguerra, y se creía que había sido destruido. Eso fue lo que me informó mi madre.

—¡Dios mío! —le dije aquel día por teléfono.

—¿Qué te parece? —exclamó, como si eso zanjara el asunto.

—¿Estás hablando en serio? —le dije—. ¿Te parece creíble todo eso? ¿Qué va a hacer con el cuadro? ¿Dónde está? ¿Sigue en el *depósito*? ¿Qué tipo de depósito? ¿Uno de esos cobertizos al aire libre? ¿Es *impermeable* el cobertizo, espero? Un momento. ¿El cuadro es *suyo*? ¿Está *asegurado*? ¿Los tipos esos o quienes sean dijeron algo del *valor* del cuadro? ¿Qué bar era? ¿Cómo sabemos que todo eso es verdad? ¿Un *Church*? No puedo creer que sea un Church. Mierda. ¿Qué más dijo S.?

—No lo sé. No sé la respuesta a ninguna de tus preguntas. Lo único que sé es lo que te dije —dijo mi madre.

—¿Cómo se las va a arreglar con esto S.?

—Te dije, no lo sé, Don.

—¿Vive por Miami Beach?

—Creo que sí.

—¿Está bebiendo?

—Sí.

—Lo siento.

—Ya lo sé. Yo también.

—¿No hay nada que se pueda hacer?

—Don, he hecho todo lo que podía hacer. Está en manos de Dios ahora. Él está en manos de Dios.

En agosto de 1992, el huracán Andrew azotó el sur de Florida, con vientos de más de doscientos kilómetros por hora. La tormenta pasó por Miami, destruyendo todo a su paso y causando miles de millones de dólares en daños. El condominio de mi madre quedó destrozado: el viento del océano Atlántico se llevó una pared entera. A lo ancho y largo de aquellos barrios en los que yo había vivido de adolescente, las calles, los hogares y los negocios estaban en ruinas.

Mi madre me contó que el depósito donde S. había guardado su Frederic Church —me doy cuenta ahora de que a esa altura veía a S. como el dueño legítimo del cuadro y, basándome en los rumores transmitidos por fuentes que, según sabía por larga experiencia, eran poco confiables (S. y mi madre), ya creía que se trataba de un Church genuino— había sufrido grandes daños. Recuerdo que mi madre me dijo que no había ninguna esperanza de que quedara o pudiera quedar nada del cuadro. Durante años, imaginé que se había esfumado. Se lo había llevado el mar, o había volado por la costa, o se había hundido en los pantanos de los Everglades.

¿Pero era cierto eso? ¿El cuadro había desaparecido realmente?

En el verano de 2003, hice el intento de rastrear a S. Di por sentado que había muerto, aunque no lo sabía con certeza. Mi búsqueda me llevó hasta un antiguo jefe suyo en Miami, el dueño de un negocio de letreros, que creía que S. seguía vivo. Pero no sabía ni dónde ni cómo ubicarlo.

Y entonces —de repente— recibí un mensaje de S., que me dejaba un número de contacto en Florida. Lo llamé, y me contó que estaba rehaciendo su vida, después de trece años de alcoholismo. En ese tiempo, se había desplazado por toda la Costa Este, y casi nunca había tenido un domicilio postal o un teléfono. Se había enterado de la muerte de mi madre recién el día anterior. Hablamos un rato largo, recordándola, y después me corrigió en un par de cuestiones relacionadas con el cuadro, que al parecer había sido dañado por el agua, pero no destruido. Se lo había regalado, me dijo, a un antiguo amigo, un barman, quien, según creía, a su vez se lo había dado a sus padres en Connecticut.

—Me había obsesionado durante un cuarto de siglo. Decidí que ya era suficiente —me dijo S. Noté que hablaba de un modo menos entrecortado que antes, que su voz era más firme.

¿Y la identidad del cuadro? S. efectivamente había conocido, en un bar de Miami, a un belga cuyo padre en Antwerp tenía algunos contactos con el mundo del arte. El padre vio la foto que S. tomó del cuadro y quiso saber dónde estaba. Según S., los belgas le ofrecieron dinero por la obra. Coordinaron una reunión. Sin embargo, S. me dijo que el padre del tipo nunca identificó el cuadro como correspondía. Los belgas tenían algo que le dio mala espina. La reunión nunca se concretó. S. se quedó con la sensación de que los belgas sabían

algo que no le estaban diciendo. Me contó que incluso llegó a contactar al gobierno para averiguar más información sobre ellos. No tenía idea de dónde había sacado mi madre que la autoría del cuadro ya estaba verificada.

Y una cosa más. Yo siempre me había imaginado que S., después de hacerse del cuadro en Nueva York, lo había sacado de su bastidor, lo había metido en un tubo y se lo había llevado así en avión a Miami. De hecho, el cuadro lo había metido de contrabando en Florida una azafata, una conocida de S., que lo escondió *con marco y todo* en un avión, donde, al no poder hacerlo entrar en el armario, lo metió bajo llave, contra las normativas de la Administración Federal de Aviación, en un baño en el fondo.

—Me lo dio en el aeropuerto, después de aterrizar —me dijo S. Cuando le pregunté si había vuelto a pintar, me dijo que sí. Le deseé buena suerte y cortamos.

A comienzos de 2003, antes de que se me cruzara siquiera por la cabeza tener noticias de S., fui a París. Era pleno invierno, y hacía más frío de lo normal. Así que me la pasaba casi todo el tiempo puertas adentro. Un lugar al que iba para refugiarme era el Louvre. Debido al tiempo y, supongo, la merma en el turismo —se anticipaba la guerra en el Medio Oriente—, el museo estaba vacío, algo muy poco común, y era posible acercarse directamente a la *Mona Lisa*. Hasta entonces yo solo había visto el cuadro en fotos; ahora, frente a la obra real, no solo me sorprendió su belleza, sino también lo rara que era. Me fascinó, en particular, la manera en que el paisaje se va extendiendo, en patrones serpenteantes y equilibrados, detrás de la figura de la Mona Lisa. Es un paisaje distante,

verde, visto desde lo que parece ser una elevación; al mirar el cuadro, es difícil decir con certeza cuál es exactamente la relación espacial entre el fondo y los elementos en primer plano. La misma Mona Lisa, si bien queda enmarcada en ese paisaje de fondo que parece estar muy a lo lejos y muy por debajo de ella —me la imagino, sin motivo alguno, sentada en lo alto de una almena—, parece existir menos en aquella campiña visible que en algún otro mundo más vasto, el mundo del cual el paisaje pintado sería apenas un pequeño fragmento. Así, la figura, que mira hacia el espectador y le da la espalda a la vista de fondo, ocupa una posición en la obra que es central en más de un sentido, una posición definida no solo por las perspectivas ópticas que controlan la obra en su totalidad, sino por una perspectiva que nos desorienta sutilmente y que uno percibe, a falta de una palabra mejor, como espiritual. Estando ahí parado delante de la *Mona Lisa* pensé en los paisajes de S.: el que había pintado él, y que estaba colgado en mi living, y el supuesto Church, que en aquel momento yo creía desaparecido para siempre. En ambos cuadros, me di cuenta, las perspectivas físicas desestabilizaban al espectador, hasta tal punto que este se veía empujado a comunicarse —visualmente— con el artista de un modo que no era, en esencia, solo visual. Durante aquellos años en que S. iba y venía entre Miami y Nueva York, yo me preguntaba qué lo había llevado a pensar que el paisaje en aquel marco gigante podía ser un Da Vinci. Por supuesto, al hacerme esa pregunta estaba a uno o dos pasos de hacerme otras preguntas, preguntas que no tenían nada que ver con pinturas o técnicas de pintura, sino más bien con las maneras en que las técnicas de pintura se habían convertido en vehículos de las fantasías y delirios de S.

¿Pero qué habría pasado si yo me hubiera hecho otro tipo de pregunta? ¿Qué era lo que S. había *visto* en un Leonardo Da Vinci, así fuera una mera reproducción, para imaginar el mundo (o, por lo menos, el mundo representado en la pintura) como un lugar donde incluso las perspectivas formales se convertían en creaciones totalmente subjetivas, privadas; un lugar donde incluso un paisaje realista —la representación simple y al parecer directa del mundo conocido directamente— podía desorientarnos por completo y, en nuestra desorientación momentánea, hacer que nos viéramos en mundos regidos por leyes distintas de aquellas en las que confiamos y que damos, de algún modo, por universales; mundos que, en efecto, estaban regidos por traumas y esperanzas ajenas?

No es una pregunta fácil de responder. S. amaba a mi madre, y mi madre amaba a S. Ella lo amaba por su espíritu, porque él había tratado de sobrevivir y de crear, en sus propias pinturas, y en su relación con ella, un mundo que se asemejara al mundo que él deseaba tanto. Ella lo amaba a pesar de, y debido a, su obsesión con Da Vinci y con Church, su gran causa perdida.

Hace poco le mostré la foto del cuadro a un amigo, un historiador de arte. A esta persona le pareció que el cuadro en la foto probablemente no fuera un Church. Pero después dijo: “A ver, un momento. Church pasó un tiempo en Sudamérica, ¿no? Pintó animales y pájaros en sus pasajes. ¿No podría tratarse de un boceto al óleo de su estadía en Sudamérica? ¿Un boceto para una obra más grande?”

Podría ser. No lo sé. Supongo que tendré que esperar hasta que suene el teléfono, para oír qué dicen del otro lado de la línea.